

LA CAMPANILLA DEL DIABLO.

Drama fantástico, de magia, en cuatro actos y un prólogo, dividido todo en seis cuadros, arreglado á nuestro teatro del original francés, por los Sres. VALLADARES *y* SAAVEDRA, SANCHEZ GARAY *y* LALAMA, *para representarse en el año de* 1849.

ADVERTENCIA. La presente traduccion es en un todo diferente á la que se ha ejecutado en el teatro del Drama; la cual, por sus dimensiones, su escesivo gasto y tener doce mujeres que hablan, era imposible que se ejecutase en teatros de segundo y tercer orden. Hemos orillado todos estos defectos, sin separarnos del argumento del drama, reduciéndole á tan corta dimension. Las empresas y los actores nos dirán hasta qué punto hemos tenido acierto en nuestro trabajo.

PERSONAS.

SATANAS.	LEONA DE CERNY.
ARMANDO DE LUIZZI.	ENRIQUETA, *hermana de Felix.*
BARNET, *notario.*	LUISA, 12 *años.*
FELIX DE CERNY.	CAROLINA DE LUIZZI.
PEDRO, *criado de Luizzi.*	JULIA.
EL DOCTOR SIMIANE.	HORTENSIA BURE.
ENRIQUE DE LANSBERG.	UN ANGEL, *que habla.*
CRISOSTOMO, *contrabandista.*	*Mozos de fábrica.*
UN POSADERO.	*Contrabandistas.*
UN JUEZ.	*Gendarmes.*
UN CRIADO.	*Aldeanos.*
UN DEPENDIENTE.	*Criados con librea.*

La escena es en Francia, año de 1833.

PROLOGO.

Un salon del castillo de Ronquerolles. A la derecha una chimenea, y al frente, á la izquierda tres retratos de los barones de Luizzi, pintados cada uno con trage de su época: tras el primero una lacena que se abre por medio de un resorte, y en ella una campanilla negra. —Muebles antiguos por la escena, y en el fondo un precioso tremor con su mesa. —Puertas á derecha é izquierda, y en el fondo.—En el espejo de la chimenea, un reló.—A la izquierda una mesa con recado de escribir y un sillon al lado.—Candelabros encendidos sobre la mesa y chimenea.

ESCENA PRIMERA.

BARNET, PEDRO, ARRENDADORES.

(Barnet está sentado delante del escritorio y los arrendadores de pie junto á él. Pedro enciende lumbre en la chimenea.)

BAR. Os lo repito, señores; esas tierras dependen del señorío de Ronquerolles, y no se os volverán á arrendar por el señor baron Armando de Luizzi, sino bajo las condiciones que acabo de manifestaros.

UN ARRENDADOR. Pero son muy duras, señor Barnet!

BAR. Y no se cambiarán. La entereza es el caracter distintivo del baron de Luizzi.

ARR. Pues nosotros hablaremos mañana al señor baron.

BAR. Casi lo dudo, porque al rayar el dia debemos dejar el castillo.

PED. Es cierto, como que ya estan ensillados los caballos!

ARR. Con que, como su padre, no permanecerá en Ronquerolles mas que 24 horas? Por qué motivo es eso, señor Barnet? Vos que sois el notario de la familia, debereis saberlo.

BAR. No sé mas, sino que el baron Hugo de Luizzi, padre de Armando, fue hace veinte y siete años á buscarme á mi estudio de Tolosa. Habia heredado de su padre el baron de Luizzi, y le acompañé á tomar posesion de este castillo, donde no estuvo mas que una noche. El baron actual fue ayer á buscarme á Tolosa; esta mañana hemos llegado á Ronquerolles, y no estaremos aqui mas que una noche.

Arr. Todo eso nos hace creer en lo que se cuenta por el pais, de lo que aqui pasa la única noche que está en el castillo su último propietario.

Bar. Y qué dicen?

Ped. (*acercándose.*) Si... qué dicen?

Arr. Que asi que da el reloj las doce, se ilumina de pronto esta sala, ni mas ni menos que si ardiese. Pero que cuando el propietario parte por la mañana, anuncia á todo el mundo que ha dormido perfectamente. Dicen que solo se siente despues un olorcillo á azufre, como si el diablo hubiese estado aqui.

Ped. Qué atrocidad! Dios quiera que el amo no me haga dormir á su lado.

Bar. Cuentos de viejas! El castillo es triste y solitario, y sus dueños tienen por conveniente gastar sus rentas en Paris. Lo que debeis hacer, es firmar los nuevos contratos, y olvidar todas esas habladurias.

Arr. Si no hay medio de obtener mejoras, lo haremos. Firmo, y los demas conmigo.

Bar. (*se levanta, da la pluma al arrendador, que despues de haber firmado, la pasa á los otros. Durante este tiempo:*) Pedro?

Ped. (*yendo á él.*) Señor?

Bar. Dónde está vuestro amo?

Ped. El señor baron se pasea por la plataforma, y me ha ordenado que le avise cuando esteis solo.

Bar. Vé á decirle que todos han firmado, y que antes de dejar el castillo, deseo verle y hablarle.

Ped. Ah! Quién fuera como vos!

Bar. Con que tú, criado en Paris, serás tan supersticioso como esos campesinos?

Ped. Señor notario, es una cobardia, lo confieso: pero creo en el diablo y en los fantasmas. (*sale por la izquierda.*)

Arr. Todo está terminado.

Bar. (*volviendo al bufete y foliando los contratos.*) Bien!

Arr. (*á los otros á media voz.*) Aun asi, salimos gananciosos y ellos engañados! (*alto.*) Buenas noches, señor Barnet! (*con intencion.*) Buenas noches al señor baron! (*salen por la derecha.*)

ESCENA II.

Barnet, *despues* Luizzi.

Bar. Creer en 1833 en sortilegios y en encantos! Vaya, es mucha la credulidad de estos pobres labriegos!

Lui. (*entrando por la izquierda.*) Con que habeis ganado?

Bar. He hecho mejores arriendos! Vedlos aqui!

Lui. Guardadlos, y mañana los veré en vuestro despacho de Tolosa; iré allí, segun me habeis aconsejado, para tratar con el señor de Buré sobre la corta de los bosques de S. Gracian.

Bar. Escelente sugeto, no menos que su hermano Felix de Cerny.

Lui. No es casado ese Buré?

Bar. Con una muger encantadora... la virtud misma.

Lui. (*riendo.*) Con que creeis en la virtud de las mugeres?

Bar. Estoy casado de segundas nupcias, señor baron.

Lui. No quiera Dios que lo crea del mismo modo que vos! Me acompañareis esta noche?

Bar. Imposible, señor baron! He ofrecido á mi muger que volveria.

Lui. Pues hasta mañana.

Bar. Antes tengo que entregaros una carta que escribió vuestro padre en su lecho de muerte.

Lui. Dadmela; serán disposiciones en favor de mi hermana Carolina.

Bar. Tengo el honor, señor baron, de ofreceros mis respetos.

Lui. Hasta la vista, Barnet. (*Barnet sale.*)

ESCENA III.

Luizzi, *despues* Pedro.

Lui. (*acercándose á la puerta izquierda.*) Pedro?

Ped. Señor?

Lui. Enciende fuego! (*se acerca al bufete, deja la carta de su padre y toma un libro de memorias, y escribe.*)

Ped. (*ap.*) No veo aun nada de estraordinario.

Lui. Mañana visitaré á la familia Buré; pasado mañana iré al convento de las Carmelitas, donde me espera con impaciencia mi hermana, y donde veré á esa Julia, de quien me habla en todas sus cartas.

Ped. (*levantándose de repente de junto á la chimenea, donde ha estado encendiendo fuego.*) Ah!

Lui. Qué es eso?

Ped. No sentis, señor, como un olor á azufre?

Lui. Es verdad.

Ped. (*ap.*) El diablo va á empezar.

Lui. Tunante! Habrás echado alguna pajuela en la lumbre!

Ped. Creeis que podrá ser eso?

Lui. Vete!

Ped. No deseo otra cosa.

Lui. Que esté dispuesta la berlina al romper el dia.

Ped. Buenas noches, señor.

Lui. A Dios! (*Pedro sale por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Luizzi, *solo.*

Ahora abramos esta carta de mi padre... Es singular!.. Deberia estar impaciente por leerla y dudo. Veamos! (*lee.*) «Mi querido Armando: mi abuelo Pedro Luizzi no era mas que un oscuro vasallo, quiso ser noble y murió baron de Luizzi! Mi padre era horrorosamente feo, quiso ser amado, y murió adorado de la mas hermosa muger de Francia. Por último, Hugo de Luizzi, pobre en la actualidad y sin esperanza, quise ser rico y muero millonario... la promesa hecha por un Luizzi en la cámara en que leas esta carta, y antes de la media noche, esta promesa, cualquiera que sea, debe cumplirse.» (*representa.*) Qué cosa mas estraordinaria! (*leyendo.*) «Para esto levanta el marco del retrato del primer baron de Luizzi... oprime el resorte oculto en el tapiz, y en la única tabla del armario que se abrirá, encontrarás una campanilla de un metal desconocido: tócala y pronuncia esta sola palabra: «Ven!» al momento un ser bizarro y estraño te se presentará y se hará tu esclavo. Para obligarle á obedecerte, te bastará tu campanilla mágica. Me falta decirte el nombre de aquel á quien llames... persignate, hijo mio... se llama... Satanás!» (*con*

espanto.) Satanás! Oh! yo deliro! No... está escrito! (*leyendo.*) «Si mas feliz y mas sabio que los tres Luizzi que te han precedido, ni deseas ni ambicionas nada... echa al fuego esta carta... rompe la campanilla, y haz decir en la catedral de Tolosa una misa por el reposo de mi alma! Francisco de Luizzi.» (*deja caer la cabeza entre sus manos y permanece asi algunos segundos.*) No... no soy el juguete de un sueño insensato!.. no!.. esta carta está bajo mis ojos... esta letra es de mi padre, y no obstante, dudo; dudo aun.. (*releyendo.*) «Levanta el marco del retrato del primer baron de Luizzi.» (*hablando.*) Aqui está! (*leyendo.*) «Oprime el resorte oculto en la tapiceria.» (*le levanta.*) Veamos! (*levanta el marco.*) «He aqui el resorte... el armario se abre. Todo es verdad! Oh! pero esto es una prueba!. triunfaré!.. si, quemaré esta carta... romperé esta... (*riendo con risa nerviosa.*) Ah! ah! ah! Vuelvo á las creencias de la edad media. El diablo apareciendo en 1833 en Ronquerolles como en el teatro de la Opera! Esta es una burla! (*mirando la carta que va á poner sobre el bufete.*) 23 de diciembre de 1832... escribió mi padre esta carta la víspera de su muerte... casi en la tumba! Oh! todo es verdad. Pero... qué tengo que pedir á este poder infernal? Soy jóven, noble y rico... para mi la vida es bella... La vida es bella para aquel que pudiese marchar con un paso firme y seguro... para aquel que no fuese nunca engañado... para aquel que leyese en el corazon de los hombres, cerrado para todos y abierto para Dios... Ah! quiero saber, quiero ver!.. (*mirando el reló.*) No tengo mas que un minuto! Dudaré? Resistiré? La aguja marcha, la hora va á dar... oh! quiero ver! quiero saber! (*agita la campanilla y dice.*) «Ven!»

(El espejo y la mesa tremor del foro, se transforman en un rico pabellon con colgaduras, bajo el cual aparece Satanás sentado en un sillon y fumando un cigarro; vestido con una rica bata y gorro griego.)

ESCENA V.

LUIZZI, SATANAS.

LUI. Hijo del infierno! No esperaba verte en ese trage!

SAT. (*fumando.*) No sé por qué me tuteais: eso es de muy mal gusto .. Y debo advertiros tambien, que llamándome hijo del infierno, decis una barbaridad. Yo no soy hijo del infierno como vos; soy hijo de esta cámara porque la habitais.

LUI. Tú eres aquel á quien llamo.

SAT. (*abanzando hácia él.*) Sois un infame. Creeis que llamais á Pedro, vuestro ayuda de cámara?..

LUI. Hablo á aquel á quien es mi esclavo! (*va á tomar la campanilla.*)

SAT Como querais, señor baron; pero debo advertiros que sois un hombre muy ridículo.

LUI. (*sentándose.*) El diablo habla de moral!

SAT. Os engañais.

LUI. Basta! (*toca la campanilla y al momento Satanas cambia de trage, quedándose en el de un criado ordinario.*)

SAT. (*cambiando de voz.*) Qué se ofrece, mi amo?

LUI. (*asustado.*) Quién eres?

SAT. Vuestro humilde criado, señor.

LUI. Qué vienes á hacer aqui?

SAT. A tomar vuestras órdenes!

LUI. Sabes para lo que te llamo?

SAT. No, mi amo.

LUI. Mientes!

SAT. Si, mi amo.

LUI. Cómo te llamas?

SAT. Cómo querais, mi amo.

LUI. No tienes un nombre de pila? (*risa de Satanás.*) Con que no tienes un nombre?

SAT. Tengo los que querais... he servido y sirvo á muchos amos... últimamente he estado en la casa de un agente de cambio, despues en la de una bailarina.

LUI. No me agradas con ese trage; no puedes cambiarlo?

SAT. Con una condicion, y es que me deis una de las monedas que hay en esa bolsa. (*aparece una bolsa sobre la mesa.*)

LUI. Y qué encierra esa bolsa?

SAT. Una moneda preciosa, pero que no tiene precio mas que para mi... Ved!

LUI. (*abre la bolsa, saca una moneda y lee.*) Un mes de la vida de Armando de Luizzi.... (*cerrando la bolsa.*) Tan caro no pago un capricho.

SAT. Os habeis vuelto avaro?

LUI. Cómo?

SAT. Para cosas menos importantes habeis dado muchos meses de vuestra vida.

LUI. Basta!

SAT. Estoy pronto á obedecerte y á cumplir lo ofrecido á tu familia. Todos me han pedido lo que creian su felicidad.

LUI. Y todos se engañaron?

SAT. Todos! Ellos me han pedido nobleza, amor, oro... y ni la nobleza, ni el amor ni el oro los ha podido hacer felices.

LUI. Tentaré, no obstante, la terrible prueba que se me ofrece. Puedes hacer todo lo que yo quiera?

SAT. Todo; pero debo advertirte, que tus abuelos se comprometieron á pertenecerme si en diez años no encontraban lo que los hombres llaman la felicidad. Es preciso que sepas, que cada vez que toques la campanilla y que yo aparezca, deberás pagar cada revelacion al precio de una de esas piezas encerradas en esa bolsa. Sé económico, Luizzi... dejo en blanco el nombre de lo que pidas... llénalo tú mismo! (*presentándole un papel.*)

LUI. (*escribiendo.*) Ver!.. saber!

SAT. Firma! (*Luizzi firma.*) Bien está. Ahora, amo mio, en cualquier lugar en donde estes, á cualquiera hora del dia ó de la noche en que me llames, me hallarás pronto á obedecerte. Sé feliz, ó serás condenado! (*desaparece por el tremor que vuelve á su ser.*)

LUI. Condenado! (*cae en el sillon, permaneciendo inmóvil un momento.—Llaman á la puerta de la derecha.*)

PED. (*desde fuera.*) Se puede entrar, señor?

LUI. Quién está ahi?

PED. (*entreabriendo la puerta, ap.*) No se ha acostado! (*alto.*) Soy yo! Pedro! Hum! qué olorcillo á quemado se siente!

LUI. Qué quieres?

PED. Anunciaros que es de dia.

LUI. Ya!

Ped. Y que la berlina está pronta!
Lui. Bien! partamos! partamos ahora mismo!.. (*sale vivamente y Pedro le sigue.*)
Sat. (*reapareciendo por detras del espejo.*) Armando de Luizzi! Desgraciado del que quiere verlo y saberlo todo!

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de despacho de un almacen de corta magnitud, pues lo mas debe llegar á la segunda caja. Puertas á los lados: la de la derecha da salida á las habitaciones esteriores, y junto á ella una ventana; la de la izquierda á la habitacion ó despacho de la señora Buré. Mesa de escritorio con sillas.

ESCENA PRIMERA.

Luizzi y Pedro *por la izquierda; un* Dependiente *escribiendo y criados.*

Depen. (*á un criado entregándole unas facturas.*) Que saquen de los almacenes las planchas y barras para la casa de Duró y hermanos de Tolosa, y esos toneles de clavazon para la de Raver en Burdeos. (*vanse los criados; á Luizzi y Pedro que entran.*) Deseais algo, caballero? En qué puedo serviros?
Lui. Queria hablar al señor Buré.
Depen. No es posible en esta semana; está ausente; mas si se trata de algun negocio, entrad ahi.
Ped (Qué laberinto, Dios mio!)
Lui. Se trata, en efecto, de negocios; pero quisiera hablar con el señor Buré directamente.
Depen. En ese caso ahi teneis á la señora. (*en este tiempo Hortensia Buré sale de su despacho; es joven y bella.*)

ESCENA II.

Los mismos, y Hortensia.

Depen. Este caballero solicita ver al amo. (*se retira con Pedro, derecha.*)
Hor. Siento mucho, caballero, que mi esposo...
Lui. Por mi parte no siento su ausencia, toda vez que ella me proporciona el gusto de tratar con vos.
Hor. A quién tengo el honor de hablar?
Lui. Al baron de Luizzi.
Hor. Ah! El hijo del baron Hugo de Luizzi, con quien mi esposo estaba en relaciones? Venis á proponerme la adquisicion de los bellos bosques de Ronquerolles?
Lui. En efecto, tenia que hablarle de eso; pero con vos, temo que... (*se sientan.*)
Hor. Tengo ámplios poderes de mi marido.
Lui. Pero es que como yo no entiendo...
Hor. Si no entendeis, podeis fiaros de mi... Carlos? (*se presenta el dependiente.*) Traed de mi mesa la última correspondencia del baron de Luizzi. (*vase el dependiente.*)
Lui. Estoy encantado al ver la precision y el órden que se observa en los almacenes de vuestra fábrica. (*sale el dependiente con un legajo de papeles que entrega á Hortensia y se va.*)
Hor. Aqui está. (*tomando una carta.*) Su fecha nos recuerda un suceso bastante cruel. En esta época fue en la que partieron para Italia nuestros hermanos Enriqueta y Felix Cerny, con objeto de que la infeliz mejorase de salud, y alli fue donde tuvo un fin bien desgraciado.
Lui. Perdonad, señora, si involuntariamente renuevo esa herida... Y de qué murió vuestra hermana?
Hor. De amor!
Lui. De amor?
Hor. Las mugeres solamente mueren de esta enfermedad. Enriqueta amaba secretamente á Leon Delannois, empleado en la ferreria de Cerny. Mi hermano habia soñado para Enriqueta con otra alianza, y rechazó la de Leon. Al momento se apoderó de nuestra hermana una terrible melancolia; se declaró una afeccion al pecho, y de ella murió
Lui. Y Delannois?
Hor. No ha vuelto á saberse de él.
Lui. Ese hombre era indigno de ser amado!
Hor. No obstante, le estamos agradecidos, porque pudo deshonrarla, y para una muger es mejor la muerte que la deshonra. Pero dispensadme, y volvamos á nuestro asunto.
Lui. Firmaré desde luego.
Hor. Mejor será esperar á mi hermano Felix, que está de visita en el castillo de Cremancé.
Lui. De Cremancé?
Hor. Conoceis á su propietario?
Lui. Mucho. Este invierno lo he visto en las grandes reuniones, donde presentó á su encantadora hija la señorita Leona de Cremancé.
Hor. Si, que estaba en el convento de las carmelitas.
Lui. Donde está mi hermana.
Hor. Y de donde debe salir para casarse con mi hermano.
Lui. Entonces disculpo su ausencia.
Hor. Esta noche debe llegar, y si no os molestase, os ofreceria por hoy la modesta hospitalidad que mi hermano se honraria en ofreceros.
Lui. Acepto con mucho gusto, porque ademas es demasiado tarde para presentarme en el convento.
Hor. Permitidme que dé algunas órdenes. Estais en vuestra casa. (*vase derecha.*)

ESCENA III.

Luizzi, Satanas *de obrero, con blusa y gorra.*

Lui. Qué muger mas encantadora! Qué bien la ha juzgado el señor Barnet!
Sat. Ya, ya!
Lui. Me estabas escuchando?
Sat. No señor, os oia.
Lui. Mira, yo no estoy por los enigmas; toma y habla. (*le da una moneda.*)
Sat. No es de esa bolsa la moneda que yo quiero.
Lui. (*retrocediendo.*) Cómo!
Sat. No os creia tan miope, mi amo.
Lui. Satanás! Yo no te he llamado.
Sat. Es verdad.
Lui. Has venido para tentarme?
Sat. De ningun modo; es sábado y me paseo. Buenas noches.
Lui. Espera. Una muger acaba de aparecérseme, la creo la virtud misma...
Sat. Ja! ja! ja!

Lui. Pero no quiero ser tonto. En su vida hay un secreto y quiero saberlo.
Sat. Con qué objeto?
Lui. Para juzgar mejor lo porvenir.
Sat. La virtud de las mugeres es una cosa de circunstancias; un azar la cambia.
Lui. Esa muger ha engañado á su marido?
Sat. Le ha prestado un servicio inmenso.
Lui. Engañándole?
Sat. Esa aventura es un secreto entre ella y la tumba.... es una página de mis memorias.
Lui. Quiero saber ese secreto!
Sat. Pues escucha. Hace cuatro años, en mil ochocientos veinte y nueve, en el mes de febrero, viajaba la señora Buré con un teniente de artilleria en el cupé de la diligencia de Tolosa á Castres. Estaban solos; y Ernesto, que este era el nombre del oficial, ofreció un gaban á su compañera, para librarla del frio horroroso que hacia; ella aceptó simplemente, y el oficial estendió sus rodillas hasta tocar las de Hortensia.
Lui. Demonio!
Sat. Qué se ofrece?
Lui. Nada, continua.
Sat. Ella retiró sus rodillas. Despues bajaron los viageros, escepto la dama y el oficial que estaban inmóviles y silenciosos; en el momento el cochero introduce su linterna para buscar algo en las bolsas del cupé, y Ernesto pudo ver que su compañera habia alejado el gaban; se entristece, y ella compadecida volvió á abrigarse. Al poco tiempo grita Ernesto: señora, estoy enamorado de vos. Amenaza á la dama con perseguirla; ella grita, pero nadie la oye. Al cabo y al fin entran en composicion, y pasó una escena que solo saben Dios, yo y el cupé de la diligencia. Señor baron, si os casais, no dejeis viajar á vuestra muger, de noche, en el cupé de ninguna diligencia.
Lui. Pero el oficial no volveria á verla?
Sat. Quiso hacerlo. Buscó un medio para introducirse en casa del señor Buré, y corrió un dia allí. Encontró una ocasion de estar solo con ella; la pidió una cita, y se la dió para la noche. En el momento en que él, loco de amor, entraba en la habitacion convenida, sintió como un anillo de frio hierro apoyarse en su frente, y oyó ademas estas palabras. «Me ofrecisteis no volverme á ver, y habeis faltado á vuestro compromiso... sois un infame!» Un pistoletazo salió, y Ernesto cayó muerto.
Lui. Ah! Adúltera y homicida! (*en este momento Hortensia sale por la derecha; Satanás se hunde.*)
Hor. Señor baron, la comida está pronta y espero vuestro brazo. (*vase por la derecha con Luizzi, el que se deja conducir medio mortal.*)

ESCENA IV.

Pedro *con dos maletas y un saco de noche por la derecha.*)

Ped. Van á comer... santa palabra... Pero qué pálido está mi amo! El, que no ha una hora estaba tan alegre! Qué le habrá pasado? Han mandado que traiga las maletas al cuarto de la señora Buré, que es ese. (*señalando á la izquierda.*) Que buena es la señora! Debe de ser una santa! Y su hermano, que acaba de llegar en este mismo instante? Parece un hombre de pró... Siento una desazon... Todo el mundo come en esta casa y de mí nadie se acuerda... Cada vez que recuerdo aquel endiablado castillo de Ronquerolles... allí, maldito el apetito que sentia... Ya se vé, á cada momento creia ver alguna alma en pena, algun diablo que venia y me cogia por los pies... Pardiez que esto no lo confesaré á nadie, pero á mí solo, bien puedo confesarlo... tenia miedo...

ESCENA V.

Dicho y Luizzi *que ha entrado lentamente y como sumergido en sus reflexiones.*

Lui. Pedro?
Ped. (*se vuelve asustado.*) He! qué es eso?
Lui. Qué tienes?
Ped. Nada, señor; pero como acababa de veros salir de este cuarto con la señora...
Lui. No puedo sosegar en ninguna parte.
Ped. Estais malo? Quereis que deshaga las maletas?
Lui. No, marchamos mañana.
Ped. Tan pronto! Mirad que esta es la casa de la providencia.
Lui. Quiero ponerme en camino al amanecer.
Ped. Muy bien, señor; ademas, que el postillon debe venir á tomar vuestras órdenes.
Lui. Está bien.
Ped. Puedo ir á comer, señor.
Lui. Si quieres...
Ped. (*ap.*) Vaya si lo quiero! Esto sí que es gracioso; se conoce que mi amo no está en caja. (*vase derecha.*)

ESCENA VI.

Luizzi, *solo.*

Poseedor por la primera vez de un secreto por medio del cual podia mirar á una muger, y verla tal cual Dios la vió!... En vano he buscado en el semblante de Hortensia una espresion de dolor y de remordimiento... nada... sus facciones demostraban una calma impasible... La serenidad de esta muger me espanta... Oh! yo me ahogo... tengo necesidad de aire. (*abre la ventana.*) No me engaño! Allí, á la estremidad de aquella calle de árboles, sobre aquella altura, está el pabellon donde Hortensia aguardaba á su amante; allí una muger ha tenido la osadia de cometer con la mayor frialdad un crimen, al que el hombre mas resuelto no se atreve sino con terror! Para evitar un escándalo, esta muger se ha entregado sin amor... Para evitar la deshonra, esta muger ha matado!.. oh! no, Satanás se ha burlado de mi credulidad! Hortensia Buré no ha hecho esto; no ha habido deshonra, tampoco ha habido asesinato.

ESCENA VII.

Luizzi, Pedro *y* Cerny *por la derecha.*

Ped. El señor vizconde de Cerny desea veros.
Lui. Que pase adelante. (*á Pedro.*) Déjanos. (*Pedro entra en la izquierda.*)
Cer. (*vestido con esmero, aunque su trage es sencillo; su semblante está pálido, pero una sonrisa se*

asoma á sus labios.) Señor baron, he estendido las cláusulas de nuestro contrato... solo falta firmar este duplicado, que guardaré en cambio del que os entrego.

Lui. Muchas gracias, caballero. No puedo menos de estrañar que vos, vizconde de Cerny, descendiente de una de nuestras mas antiguas familias de Tolosa, paseis vuestra vida dirigiendo los talleres de una ferreria.

Cer. El trabajo es un consuelo. Desde 1830 ya no hay nobles en Francia; la espada de un gentilhombre pertenecia al rey ... hoy dia la vida de un ciudadano pertenece á su patria. Aquella energia que nuestros abuelos gastaban derramando su sangre en los campos de batalla, yo la empleo, caballero, en hacer vivir trescientas familias. Ademas, siendo el dinero la única nobleza que se respeta en el dia, quiero doblar, triplicar mi capital, para no ser humillado por el lujo de uno de nuestros criados, enriquecido en una jugada de bolsa... Ha firmado usted, caballero?

Lui. (*despues de firmar.*) Aqui la teneis.

Cer. Os daré sesenta y siete mil francos dentro de tres meses, y veinte mil antes de vuestra partida.

Lui. (*sorprendido.*) Qué decis?

Cer. Le debo á usted esta suma.

Lui. A mi!

Cer. A usted, y á la señorita Carolina de Luizzi, de quien es usted tutor.

Lui. Perdone usted, caballero; he examinado escrupulosamente las cuentas de mi padre, y esta suma no figura en su activo.

Cer. Lo sé; el señor de Luizzi me habia dejado este dinero en depósito, por motivos que no tuvo á bien confiarme; deseaba que nadie, ni aun el señor Barnet, conociese la existencia de este depósito... pero yo sé que os lo debo... esta suma pasará de mis manos á las vuestras.

Lui. Caballero!

Cer. Hagame usted el favor, señor baron, de no estrañar mi conducta. Soy comerciante... herrero si usted quiere, pero tambien hombre honrado... Hanme dicho que se marcha usted?

Lui. Mañana al amanecer; voy al convento de las Carmelitas para dar un abrazo á mi hermana, y tener el honor de saludar á la señorita de Cremancé.

Cer. Ah! usted sabe...

Lui. La señora Buré me ha participado su próximo enlace. La señorita de Cremancé es muy bella, y os doy el parabien, caballero, por ser el esposo de una joven tan encantadora.

Cer. Muchas gracias, caballero; hasta mañana al amanecer, puesto que está usted decidido á marcharse.

Lui. Enteramente decidido... Aceptando sin reflexion la hospitalidad ofrecida por la señora Buré, temo haber causado algunas incomodidades en su casa. Este despacho tal vez sea el de usted?

Cer. No, caballero; habito siempre el pabellon del parque.

Lui. (*sin reflexionar.*) Ah! aquel pabellon, al pie del cual se encontró... (Que iba á decir?)

Cer. El caballero Ernesto asesinado?

Lui. El mismo.

Cer. Si, caballero; la bala de un cazador le hirió en la frente... y quedó muerto.

Lui. El crimen fué cometido por un cazador?

Cer. A lo menos asi se cree, porque todas las investigaciones de la justicia han sido inútiles, y cualesquiera que haya sido el asesino, ha quedado impune.

Lui. (Impune!)

Cer. Buenas noches, señor baron... Hasta mañana al amanecer; yo llamaré á vuestra puerta. (*vase cerrando.*)

ESCENA VIII.

Luizzi, *y despues* Satanas *con blusa y sombrero de postillon.*

Lui. Ha habido un asesinato en esta casa y el asesino ha quedado desconocido!.. Ah! me habrá dicho la verdad Satanás?

Sat. (*entreabriendo la puerta.*) Es usted, caballero, quien ha pedido un postillon?

Lui. Si.

Sat. Yo soy el *inflamado*, que alumbrará á usted, y sino se queman las ruedas, no será culpa mia.

Lui. Salgo á las cinco... Conducirás la berlina al camino que está al pie del pabellon, y me aguardarás alli.

Sat. Qué vereis alli, amo mio? El sol y la lluvia han borrado las manchas de sangre!

Lui. (*reconociéndole.*) Tú! siempre tú!

Sat. Ya no encontrarás alli el cadáver de un hombre; quieres ver la agonia de una muger?

Lui. De una muger!

Sat. De Enriqueta de Cerny.

Lui. Enriqueta de Cerny! Pues no ha muerto ya?

Sat. No, muere á manos de su verdugo.

Lui. Su verdugo! Quién es? Dimelo, yo lo quiero. (*saca de su bolsillo una moneda y se la da.*)

Sat. Tú quieres ver y saber? Ven pues, amo mio; pagas con generosidad, y es necesario servirte. Mas cuenta no tengas miedo!

Lui. Satanás, yo no soy un cobarde... pruebas he dado.

Sat. Ya sé que eres valiente, y que una espada ó una pistola no te harian retroceder. Pero tú, como tantos otros, temblarias delante de mil peligros... Tienes valor para sufrir una muerte repentina y á la luz del dia, pero no el que se necesita para arrostrar una larga é ignorada. El valor contra un tormento continuo, tú no lo tienes, baron.

Lui. Y quién puede lisongearse de su posesion?

Sat. Una madre.

Lui. Una madre!

Sat. Y esta muger, mas valiente que todos los hombres, está aqui.

Lui. Aqui?

Sat. Si.

Lui. Quiero verla.

Sat. Pues bien, mira.

(La pared del foro si abre un corto espacio, y deja ver un salon cubierto con tapices enlutados: las ventanas están tapiadas, y una sola lámpara alumbra la estancia. Puerta en el fondo y á la izquierda; una mesa, sillas y un reclinatorio.)

ESCENA XI.

Dichos, Enriqueta *escribiendo en un libro;* Luisa *recostada en un sillon y durmiendo; tiene doce años.*

Lui. Quién es aquella muger?

SAT. Enriqueta, la hermana llorada por el vizconde de Cerny.

LUI. Y aquella niña?

SAT. Escucha.

ENR. (*leyendo*) Esta es mi historia, que escribo en este libro y con mi sangre, porque no tengo ni papel ni tinta... Esta relacion no se ha concluido todavia, porque mi sangre llega á ser demasiado escasa... Dios mio! no permitais que se sequen mis venas, si el trabajo de mis dias y de mis noches es inútil... si debo morir aqui con mi hija...

LUI. Su hija!

ENR. Quiero dejar á mi posteridad una huella de mis padecimientos... quiero que se sepa cuanto he amado, cuanto he sufrido... Dios mio! Dios mio! acepto sin murmurar mis horribles tormentos... ellos son la espiacion de mi falta... pero qué ha hecho esta pobre criatura para imponerle este abominable suplicio? Por qué haberla hecho nacer para dejarla vivir en una tumba?.. Pobre Luisa! (*se levanta y la mira.*) Jamás ha tenido otro horizonte que el de estas paredes... otra luz que el sombrio resplandor de esta lámpara!.. Dios mio! Vos sostendreis nuestras fuerzas; acabaremos nuestra obra, y bien pronto, mi querida Luisa, bien pronto, conocerás el sol, el espacio, la libertad.

LUISA. (*dispertándose.*) Mamá! mamá!

ENR. Ya despierta!.. Héme aqui, mi querida Luisa, sufres?

LUISA. No, no, mamá, soñaba... Si, soñaba que habiamos llegado á hacer caer esta piedra oculta por nuestro reclinatorio..... No pudiendo levantarla, la habiamos casi gastado raspándola con los clavos arrancados de los tapices... Y bien! mamá, esta piedra por fin cayó!

ENR. Ah! no me atrevo á esperar todavia que ese obstáculo sea el último que tengamos que vencer.

LUISA. Escucha, mamá... mientras que tú descansabas, he trabajado en la piedra... un pedazo se ha desprendido... al momento un soplo desconocido ha acariciado mi rostro... una brillante luz ha herido mis ojos... era la luz del dia, mama! Ah! qué hermosa es la luz.

ENR. Oh! fuera dudas; mañana, hoy tal vez seremos libres! Libres! despues de doce añosde cautiverio! porque hace doce años que estamos en una horrorosa noche..! escucha, mi querida Luisa, si salimos de aqui, nos pueden separar, y tú no sabes nada de las cosas de este mundo... Tú no sabes quién fué tu madre y quién es nuestro verdugo.

LUI. Quién es este verdugo?

SAT. Aguardate, baron... conoce bien su corazon antes de conocer su semblante.

ENR. Despues, si te preguntan, grava bien en tu memoria lo que voy á decirte... (*Enriqueta se ha sentado en la silla de brazos, Luisa toma un pequeño taburete, y lo coloca á los pies de su madre.—Hablando consigo misma.*) Su alma cándida y pura no me comprenderia si yo le hablase de mi falta... Ademas, de que despues de tantos padecimientos, vos no querreis, Dios mio! que yo me sonroje delante de mi hija!

LUISA. (*sentándose.*) Mamá, ya te escucho...

ENR. Tu pobre madre fue engañada con objeto de separarla de su familia... diciéndola que la llevaban á Italia... Un letargo irresistible se habia apoderado de mi el dia de mi marcha... y estaba casi dormida, cuando me llevaron á una silla de posta... no puedo decirte cuanto duró mi viaje y mi sueño, porque lo ignoro... Al despertar me encontré en esta sala... en esta tumba... Se me dijo que debia permanecer en ella hasta el dia en que seria madre... Cuando naciste te bendije como el angel de mis dolores.. mi esclavitud iba á terminar... Sereis libre, se me dijo entonces... pero es preciso que no quede la menor huella de vuestro pasado... esta huella seria una deshonra para un nombre ilustre... Es preciso separaros de vuestra hija! Separarme de mi hija! esclamé .. ¡jamás! jamás! Se quiso emplear la violencia... pero hubiera sido preciso darme la muerte para arrancarte de mis brazos. . Despues, protesté que una vez libre no tendria mas que un pensamiento en mi corazon, que una palabra en los labios... hija mia! hija mia! Al mundo, á los magistrados, al mismo rey hubiera ido á pedir la hija que me habian robado... entonces mi implacable enemigo, encerrándose en esta sala maldita, esclamó: «Tú lo quieres! pues bien, vivirás, Enriqueta... pero en un sepulcro!.. Desde hoy estás muerta para todos .. muerta en Italia, en donde creen que estás todavia .. Asi no deshonrarás nuestra familia, porque no podrás aparecer otra vez en el mundo de los vivos...» En efecto, cuando volvió el miserable, llevaba luto... este luto era el mio... Luisa, yo habia muerto!..

LUISA. Muerta?

ENR. Ah! qué me importaba? Yo vivia para ti, hija del alma... te lo repito .. doce años han pasado sin que haya visto otro rostro que el de mi perseguidor... sin que haya oido otro ruido que el de su voz .. Si, un dia, hace ya bastante tiempo, estaba guardando tu sueño, allí... en aquel lado de la sala, cuando oí como la esplosion de un arma de fuego .. crei que venian á mi socorro... Vana esperanza!.. entonces intenté recobrar la libertad, que nadie podia darme... noté que detras de este reclinatorio habia una piedra menos dura que las otras; con la ayuda de algunos clavos traté de desprenderla... Cuando mis manos estaban ensangrentadas, abandonaba este penoso trabajo.... y tú, débil criatura, lo continuabas... Gracias á Dios toca á su fin.. En qué pais nos hallamos? A dónde iremos? Cuál será nuestra suerte? Lo ignoro; pero suceda lo que suceda, y aunque tengamos que implorar la caridad de los transeuntes; iremos á Tolosa, pediremos justicia y proteccion, y cualesquiera que sean los obstáculos y la distancia... nosotras llegaremos, mi querida Luisa, porque Dios nos amparará.

LUISA. Si, esperemos, mamá... Mira lo que he hecho... (*va á levantar el reclinatorio ayudada por su madre.*)

ENR. Aguarda... alguien viene... Oh! que no sospeche nada. (*vuelven á dejar el reclinatorio.*)

LUISA. Si... abren la puerta... Oh! mamá... es él! Cuanto miedo me causa ahora. (*se abrazan.*)

Lui. Pero este miserable... este mónstruo quién es? (*en este momento aparece Cerny en el umbral de la puerta, embozado en una capa, llevando una linterna en la mano; deja caer su capa y coloca la linterna de modo que Luizzi pueda ver su semblante.*)

Sat. Mira.

Lui. Ah! su hermano! Era su hermano!

Sat. Si, su hermano... el hombre honrado!

Cer. Enriqueta, mañana dejo este pais... esta misma noche cambiareis de prision.

Luisa. Ah!

Enr. Ah! mi última esperanza desvanecida! (*cae desmayada al pie del reclinatorio.*)

Luisa. (*corriendo hácia ella.*) Madre mia!

Lui. Infame!

(Quiere arrojarse sobre Cerny y Enriqueta, pero Satanas le detiene. El suelo se abre á sus pies, y desaparecen, al mismo tiempo que la pared vuelve á tomar su primitivo ser.)

ESCENA X.

Pedro *solo por la puerta derecha.*

Ped. (*que entra, abre con sigilo la puerta, la vierra y se guarda la llave en su bolsillo; trae una luz y viene un poco alegre.*) No hagamos ruido, que el amo ya debe haberse acostado... Qué comida!.. Si nos descuidamos un poco dura hasta el amanecer! (*deja la luz en la mesa y se sienta en el sillon.*) Y qué vinos tan espirituosos tienen en esta casa!... No hay duda que la señora Buré da buen trato á sus criados... De buena gana me quedaria con ella, si no fuese por la ley que tengo á mi amo! Ah! (*bosteza*) que ganas tengo de dormir, y ya debe de ser muy tarde... Tenemos que salir al amanecer... y ya... pues... (*se queda dormido en el sillon.*) Qué trufas!.. á mi me gustan las trufas... venga vino... vengan trufas... (*soñando.*)

ESCENA XI.

Pedro, *durmiendo, y* Luizzi, *que sale del cuarto de la izquierda, en desórden y agitado por una pesadilla.*

Lui. Salvadla!.. salvadla!.. el vil lo ha descubierto todo... va á matarla... Un arma .. un arma... pronto, Pedro, una espada... dame mi espada...

Ped. (*despertándose.*) Eh! qué es eso... qué hay?

Lui. Va á matarla.

Ped. (*levantándose.*) Me quieren matar?.. Quién?.. quién...

Lui. No lo ves... á ese asesino...

Ped. Un asesino, señor?... Dónde está?... Dónde está?

Lui. (*cojiendo del brazo á Pedro.*) Mónstruo, cesa de atormentar á tus victimas. . yo te arrancaré la máscara y descubriré tus maldades...

Ped. (*tratando de desasirse.*) Soy yo, señor, á quien maltratais, yo, Pedro, vuestro fiel criado... Que me lastima usted, señor. (*mirándole con atencion.*) Si está durmiendo...! (*gritando.*) Señor, señor... despierte usted, que me tronza los brazos!

Lui. (*despertando y mirando á su alrededor.*) Dónde está el pabellon?

Ped. El pabellon?... siempre en el mismo sitio.

Lui. Sus muros se han cerrado, pero yo sabré destruirlos.

Ped. Cómo! Quereis destruir esta casa! Mirad, señor, que no es la vuestra.

Lui. Dónde estoy pues? (*mirando á todos lados.*)

Ped. En medio de la habitacion que os han destinado.

Lui. Cómo he vuelto á ella?

Ped. Volver! Pues acaso habeis salido?

Lui. Cómo! No he estado en el pabellon... en aquella pieza enlutada...

Ped. (*riendo.*) Si señor, pero habrá sido eso durante vuestro sueño... Cuando yo subí de la cocina, estaba usted durmiendo, y entré muy quedito, cerrando la puerta y guardando la llave en el bolsillo... (*la saca.*) Aqui la teneis.

Lui. El postillon que me buscastes ayer...

Ped. Escelente muchacho... Despues de haber bebido con nosotros dos tragos, se separó diciéndonos... «hasta las cinco.» (*el reloj da las cinco.*) Ahi teneis la hora... (*se oye el crujir de un látigo.*) y el coche está pronto.

Lui. (*que se asoma á la ventana.*) Es verdad; pero el señor de Cerny...

Cer. (*llamando á la puerta que Pedro abre.*) Señor baron, se puede entrar?

Lui. Cielos! su voz! (*con estremecimiento.*)

Ped. (Otra vez parece que le asalta la pesadilla!)

Cer. (*avanza con desembarazo, saluda con finura, despues saca un paquete de billetes de banco y los presenta sobre la mesa.*) Señor de Luizzi, os traigo los veinte mil francos.

Lui. (Su calma me hiela el corazon!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon del palacio de Luizzi con cuanto la moda puede inventar de mas lujoso. A la izquierda, en primer término, un sofá, y detrás una consola con un gran espejo. A la derecha, en primer término, un velador con periódicos, y á su lado dos butacas. Dando frente á la consola una chimenea, y á su lado un secreter. Puertas á los costados y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Carolina *en trage de boda, y* Leona *en trage de baile con un ramo de flores en la mano.*

Car. Apenas vuelvo de mi asombro, Leona! Conque no amas á tu marido?

Leo. Amarle...! te diré: le aprecio por su honradez y sus buenas prendas, y mas que todo por los inmensos servicios que prestó á mi padre.

Car. Ya sabes que mis mas lisonjeras esperanzas fueron un dia darte el dulce nombre de hermana, lo que quizás se hubiese verificado, á no mediar este casamiento.

Leo. Qué quieres! Mi padre destinaba mi mano á otro, y luego, como tu hermano nunca se espresó en este sentido...

Car. Ocupada su mente en regularizar y capitalizar los créditos de nuestra cuantiosa herencia, no es estraño se distrajese algunos momentos, y olvidase uno de los primeros impulsos de su corazon.

Leo. Que nosotras no debemos recordar, puesto no nos es dable volver á lo pasado. Hablemos

de tu boda con Enrique... Muchas veces he querido pedirte esplicaciones acerca de este suceso, y otras tantas lo han impedido las atenciones y etiquetas del gran mundo.

CAR. Voy á complacerte. No habrás olvidado el dia en que dejaste el convento de las Carmelitas para unirte á tu esposo el vizconde de Cerny, el mismo en que vi á mi hermano, despues de una ausencia de siete meses. Llegaba acompañado del notario Barnet, quien debia dar cumplimiento á una de las condiciones del testamento, el cual ordenaba, que yo tomase el hábito en el convento donde ambas habíamos recibido nuestra educacion; puesto que tendrás presente, que mi madre, algunos momentos antes de espirar, me habia hecho jurarla que cumpliria con tan santa y sagrada voluntad. Próxima á pronunciar unos votos que el corazon estaba muy lejos de aceptar, no se cómo llegó á noticia de mi hermano mis amores con Enrique, y la existencia de una carta que llevaba ocultá en mi seno, cuya revelacion debió sin duda á un suceso sobrenatural, puesto que nadie sabia su contenido y el lugar donde la ocultaba. Armando me sorprende, y pide le enseñe la carta, la cual contenia, sobre poco mas ó menos, estas mismas palabras. «Carolina, vos me amais y quereis encerraros en un claustro; pues bien, yo os disputaré al claustro mismo, y no pronunciareis esos juramentos abominables. El dia en que murais para el mundo y para mi, será el último de mi existencia. Enrique, conde de Lansberg.» Me interroga dónde y cómo habia conocido á este hombre, y le refiero, que habiendo ido unas vacaciones á casa de mi madre, en compañia de Julia, allí le vi una noche por primera vez, que me invitó á bailar. Le doy cuenta de otros varios pormenores, los cuales le confirman el sacrificio que iba á consumar, aceptando el mandato paterno. Entonces su corazon se subleva contra tamaño perjurio, y declara ante la superiora y demas religiosas, que nunca seria esposa del Señor, la mujer que habia entregado á otro hombre su corazon. Al verse descubierto mi secreto, caí desmayada en brazos de las madres, aprovechando entonces esta circunstancia para trasladarme á la silla de posta, la cual nos condujo á este castillo, donde al punto se buscó á Enrique, preparando cuanto era necesario para celebrarse nuestro matrimonio.

LEO. El cual debe colmar los deseos de tu corazon. Pronto serás su esposa, y la alegria volverá á reinar en esa alma, lacerada por el dolor. Dime, Carolina, qué se harian aquellas dos mendigas que pidieron y obtuvieron la hospitalidad en nuestro convento, la noche antes de separarme de él, y á quienes socorrí tan generosamente? Las has vuelto á ver?

CAR. No, ninguna noticia he tenido de su paradero; segun las señas que daban, y el conocimiento que tenian de nuestra ciudad y de sus principales familias, no hay duda que debian pertenecer á alguna de ellas, que el transcurso del tiempo, ó los horrores de la revolucion habria hecho desaparecer.

LEO. Bien sabes tú que la dí las señas de mi casa, y que si hubiese llegado á Tolosa, su primer deseo hubiera sido buscarme por todas partes. Lo que no he podido olvidar, es el sentimiento y la sorpresa que se pintaron en su semblante, cuando la dije que mi esposo se llamaba Felix de Cerny.

CAR. Eh! caprichos y visiones de tu acalorada imaginacion! Qué relaciones podria tener esa infeliz con tu familia?

LEO. Lo ignoro; solo sé, que desde aquel momento, un presentimiento fatal agita á mi corazon!

CAR. Olvídalo pues, y no pensemos sino en la augusta ceremonia que se prepara.

LEO. Y Enrique y tu hermano, dónde estan?

CAR. En el salon azul, disponiendo las bases de nuestro contrato matrimonial. Ahi tienes á Armando.

ESCENA II.

Dichas, y LUIZZI *por el foro, leyendo una carta; á poco* ENRIQUE DE LANSBERG.

LUI. (*leyendo, ap.*) A las once en el bosque de San Jacobo.... llevad testigos... (*mirando á su hermana.*) Batirme!... hoy... Es preciso. (*oculta la carta en el bolsillo.*)

LEO. Olvidais, señor vizconde, que van á dar las diez, y que se nos espera en la municipalidad?

LUI. No señora; pero nos falta el notario Barnet y el doctor Simiane.

ENR. (*que sale por el foro.*) Todo está dispuesto, los carruajes nos esperan. (*se llega á las señoras y habla en secreto con ellas.*)

LUI. (Leona! Esta encantadora mujer me persigue por todas partes... Su imágen la tengo grabada en mi corazon! Cuando la señorita de Cremancé era libre, no me atreví á solicitar su mano, y hoy que está casada con otro.... Ah! Cerny, veinte veces he querido arrancaros la hipócrita máscara que cubria vuestro rostro, y otras tantas he retrocedido ante el pesar que causaria á esa mujer, porque vuestra deshonra recaeria sobre Leona. Ademas, qué pruebas hubiera podido presentar? Enriqueta ya no estará en su encierro; tal vez habrá podido huir de su tirano.

ENRIQUE. Cuánto tarda ese pesado de Barnet.

LUI. Conozco vuestra impaciencia, pero ya veis, no me ha sido dable evitar...

ESCENA III.

Dichos, JULIA, CERNY, *y á poco el doctor* SIMIANE *por el foro.*

CAR. (*que sale al encuentro de Julia y la besa.*) Oh! estaba bien segura de que vendriais.

JUL. Querida Carolina, cómo habia de olvidar á mi mejor amiga, á la compañera de mi infancia! (*con intencion, mirando á Enrique.*) He estado disponiendo todo para nuestra marcha, porque debemos partir en esta misma noche, y no he querido verificarlo sin despedirme antes de vos

CER. (*inclinándose.*) No culpeis sino á mi este retardo, señorita.

LUI. (La vista de este hombre me hace daño.)

CER. (*saludando à Luizzi.*) Señor baron... (*á Enrique.*) Señor de Lansberg, cuando gusteis...

ENRIQUE. No veis que falta aun...

CER. El doctor Simiane? Ese nos trata como á sus enfermos.

LUI. Enrique, una palabra.

ENRIQUE. Os escucho, señor baron. (*pasa junto á Luizzi que hablan ap.; Cerny hace lo propio con las señoras, que estarán sentadas en el sofá.*)

JUL. (Qué tendrá Eugenio? Está triste y preocupado; si se arrepentirá de la promesa que me ha hecho? Oh! yo impediré que falte á ella.)

LUI. (*tendiéndole la mano.*) Decidme, hermano mio, teneis enemigos?

ENRIQUE. (*admirado.*) Enemigos!... Quién no los tiene?... En primer lugar, en Africa, tengo á Abd-el-Kader. (*se rie.*)

LUI. (*con severidad.*) Os hablo formalmente, señor conde. Conoceis un enemigo bastante osado, bastante imprudente, para atreverse á escribiros una carta como esta, por ejemplo? (*le enseña una carta.*) Leed.

ENRIQUE. (*tomándola.*) Algun anónimo!

LUI. Está firmada.

ENRIQUE. (*leyendo.*) Laroque!... mi antiguo ayudante!!

LUI. Estais conmovido, capitan.. ?

ENRIQUE. Si, la cólera...

LUI. La cólera es legítima, en vista de semejantes calumnias.

ENRIQUE. Calumnias infames, despreciables!

LUI. Y que merecen castigo, el cual no tardará en darse. Dentro de pocos momentos me batiré con el teniente Laroque.

ENRIQUE. Vos!

LUI. Sin duda!...

ENRIQUE. Permitid, eso me corresponde á mi.

LUI. Vos sostendreis, no lo dudo, el honor de vuestro nombre; pero si sucumbis en el duelo, el golpe que os hiera matará á Carolina... Ademas, yo le he insultado públicamente, le he abofeteado... ya veis que debo batirme.

ENRIQUE. Pero...

LUI. Una sola palabra... Que mi hermana no sospeche nada. Ahora vamos al encuentro de esas señoras, que no podrán menos de notar nuestra ausencia. (*acercándose á las señoras.*) Y bien, de qué se trata?

CAR. De lo mucho que nos hacen aguardar nuestros convidados... Ese señor de Simiane...

CRIADO. (*anunciando.*) El doctor Simiane.

ESCENA IV.

Dichos y el DOCTOR, *por el foro.*

ENRIQUE. Ah! Por fin...

DOC. Perdon, mil perdones... He sido detenido en mi hospital por un acontecimiento... una desaparicion... os lo contaré despues... Ahora, dejadme dar mis escusas á la bella desposada. (*toma la mano á Carolina y la lleva á sus labios.*) Permitireis esto, señor de Lansberg? Ya sabeis que es uno de los privilegios del doctorado.

LEO. Vamos, vamos pronto; Julia, dame mi ramillete.

LUI. (*presentándosele y tomando una flor.*) Hele aqui, señora... (*bajo.*) Una flor se le ha caido, si me permitis...

LEO. (*con enfado.*) Caballero!

LUI. (*bajo.*) Oh! dejádmela, señora; mi vida quizás esté unida á esta flor.

CRIADO. (*anunciando.*) Los carruajes estan prontos (*las señoras toman sus chales y abrigos, disponiéndose á salir.*)

ENRIQUE. (*mirando el reloj.*) Las diez y media, y el señor Barnet aun no ha venido! No importa, luego nos veremos.

PED. (*sale por el foro, ap. á Luizzi*) Señor, el tilburi está dispuesto, y la caja de las pistolas dentro.

LUI. (*á Pedro*) Bien. (*abrazando á Carolina.*) Hasta despues, hermana.

CAR. Me abandonas, Armando?

LUI. Por una hora escasa... El señor doctor, nuestro pariente y amigo, querrá sin duda reemplazarme ..

ENRIQUE. No temais, Carolina; el señor baron se nos unirá bien pronto... no es cierto, querido hermano?

LUI. Asi lo espero. (*colocando la flor en su chaleco y mirando á Leona.*) Ahora estoy seguro, tengo aqui mi talisman. (*el doctor da la mano á Leona, Cerny á Carolina y Enrique á Julia, saliendo todos por el foro, Luizzi el primero, Enrique y Julia los últimos.*)

JUL. (*al salir á Enrique.*) Cerca de aqui nos aguarda la silla de posta, todo lo tengo dispuesto.

ENRIQUE. Asi que me entreguen la dote, soy con vos al momento; esperadme en el sitio convenido.

JUL. No os haré esperar. (*vanse.*)

ESCENA V.

PEDRO *y á poco* ENRIQUETA *por el foro.*

PED. Ya estan todos en los coches; dentro de pocos minutos estarán en la municipalidad, y serán felices. Pero dejar mi amo sola á la señorita y mandarme preparar las pistolas!... Esto me parece muy mal... quién sabe, tal vez algun desafio... pero chiton, que si llega á saber que adivino sus secretos, entonces me cae la loteria sin remedio... Pero ahora que me acuerdo... voy á hacer subir á la pobre mujer que quiere hablar al señor Barnet, y que le espera hace algun tiempo... Lo que es él no puede tardar en venir... (*dirigiéndose á la puerta.*) Entrad, entrad, buena mujer, no hay nadie.

ENR. (*pálida y agitada.*) Nadie! Y el señor Barnet?

PED. Ya os he dicho que no ha venido.

ENR. Pero estais seguro de que vendrá?

PED. Segurisimo... Sentaos y tened paciencia.

ENR. El es mi única esperanza.

PED. Oh! es muy bello sugeto!... Esperad... suben... debe ser él... si, aqui está.

ESCENA VI.

Dichos y BARNET.

BAR. Qué! Llego tarde?

PED. Todos los convidados han salido; pero aqui hallareis una señora que tiene precision de veros... no os ha encontrado en vuestra casa... y la dijeron que estariais aqui.

BAR. Quién me persigue hasta en este palacio?

ENR. Yo, señor. (*vase Pedro.*)

BAR. Vos!

ENR. Si, yo, Enriqueta de Cerny.

BAR. Silencio! (*mirando á todos lados.*)

ENR. Sabeis ya que este es mi nombre?

BAR. Aun cuando no fuesen bastantes los pormenores que me disteis el dia de nuestra primera entrevista en el convento de las carmelitas,

este libro que me entregásteis, y en el que se leen cosas increibles, inauditas, bastarian á convencerme y á desterrar las dudas que pudiese abrigar mi pobre imaginacion. Asi es que os he esperado largo tiempo en mi casa, para deciros que yo no...

Enr. Hace quince dias, despues de haberos entregado ese libro, escrito con mi sangre, y bañado con mis lágrimas, tomé el camino de Tolosa. Al siguiente dia de mi llegada me dirigia á vuestra casa; pero ah! me amenazaba otra nueva desgracia, mayor que todas las demas. Doce años habia estado privada de la luz del sol, pero conservaba á mi hija... mi vida era una lenta agonia, pero tenia á mi hija.

Bar. Y bien?

Enr. Ya no la tengo, me la han robado.

Bar. Robado!

Enr Para ir á vuestra casa, tenia que pasar por la del ayuntamiento... la plaza estaba llena de gente, y una multitud furiosa daba gritos sediciosos; de repente se oye el galope de los caballos... en seguida estalla un espantoso tumulto, y comienzan á hacer armas contra la tropa. Yo tenia mi hija en los brazos... algunas piedras fueron arrojadas á los ginetes, y una de ellas, dándome en la frente, me hizo caer sin sentido. Cuando abrí los ojos, la plaza estaba desierta, y solamente algunos curiosos me rodeaban... Con los ojos, con el corazon buscaba á mi hija, pero no estaba á mi lado... rehusé los auxilios que se me querian prodigar... corrí á la casa donde habiamos pasado la noche... Luisa no habia vuelto por allí. Como última esperanza me dirijo á la vuestra, y me dicen que estais ausente, y que nadie habia visto á mi hija... El resto del dia lo pasé de calle en calle, de casa en casa, llamando y preguntando por ella... pero ninguna voz respondia á la mia.

Bar. Acabad, acabad...

Enr. Sumamente fatigada... el rostro ensangrentado... la voz sofocada por los suspiros... andaba, andaba sin cesar... habia llegado la noche... un rio se hallaba delante de mi... entonces, víctima de un vértigo... iba á precipitarme...

Bar. Infeliz!

Enr. Seguian mis pasos... y me detuvieron al borde del abismo... Cuando volví en mi acuerdo, me hallaba en una sala del hospicio, y oí decir á los que me sujetaban: «Atadla bien, porque está loca.» En vano llamaba á Luisa y os llamaba á vos. Los verdugos, cuanto mas les suplicaba, cuanto mas les rogaba, tanto mas apretaban mis ataduras. Permanecí asi encadenada una semana entera, y por fin engañé á mis guardianes con una calma aparente, que creyéndome mas aliviada, me desataron y dejaron sola. Habia en la sala una ventana que daba al campo... Morir ó ver á mi hija, dije para mi... Ya estoy libre, señor Barnet, y acudo á vos, no para que hagais que se me vuelva mi nombre ni mi fortuna; acepto la oscuridad, la miseria, la prision... pero haced que encuentre mi hija! Con ella seré rica... con ella seré dichosa!... Oh! devolvédmela, señor Barnet, devolvédmela.

Bar. Infeliz mujer!... Creed que haré cuanto dependa de mi... pero por Dios, calmaos... Veamos, coordinad vuestras ideas, é idme á esperar á mi casa, que tan pronto como yo pueda....

Enr. No os puedo aguardar aqui...?

Bar. (Cómo! imposible!)

Cer. (*dentro.*) Pedro, mi carruaje dentro de una hora.

Enr. Esa voz!... Yo quiero permanecer aqui, señor Barnet.

Bar. Oh! no, á lo menos en este salon! Venid, os lo suplico. (*se la lleva y vuelve á aparecer al poco tiempo.*)

ESCENA VII.

Dichos, Enrique, Carolina, Leona, *el* Doctor, Julia *y* Cerny.

Cer. Ah! vos aqui, señor Barnet?

Enri. Mas vale tarde que nunca, señor notario.

Caro. (*dirigiéndose á Barnet.*) Y mi hermano, habeis visto á mi hermano!..

Bar. No señora; no estaba con vos?

Caro. No nos ha acompañado... y su ausencia en esta ocasion...

Bar. Es bien estraña en efecto!

Enrique. (*ap.*) Ya empieza á inquietarme!..

(Está en el proscenio á la derecha. El señor de Cerny se aproxima á la chimenea y Barnet vá á unirse con él. Julia, Carolina y Leona estan en el proscenio, á la izquierda, cerca del sofá. El doctor se coloca entre Carolina y Leona que estará mas cerca de Enrique. Leona manifiesta una inquietud, aunque disimulada, pero mas viva que la de Carolina.)

Doc. No tengais pesar, hermosa señora, vuestro querido hermano es naturalmente tan caprichoso, que quizá esta mañana habrá empeñado alguna correria, alguna apuesta tal vez.

Enrique. (*ap.*) Si habrá sucumbido?

Leo. (*ap.*) Lo que me dijo al marcharse... la flor que ha querido conservar como talisman!... qué sospecha!.. (*á Enrique.*) Sucede algun fracaso, no es verdad, Enrique?

Enrique. No señora, no sucede nada... nada de estraordinario!... (*ap. mirando el reló.*) Todo ha de haber concluido, y no viene...

Jul. (*á Carolina.*) El doctor tiene razon... os apesadumbrais sin motivo.

Caro. Oh! no importa... quiero ver á Pedro.... preguntarle... Enrique, Julia, perdonadme, señores... venid... (*Carolina sale con Julia.*)

ESCENA VIII.

Los mismos menos Carolina *y* Julia.

Cer. (*continuando la conversacion.*) De veras, señor Barnet, no sabeis nada?

Bar. Absolutamente nada.

Cer. Ahora que Carolina no se halla aqui, confieso que esta ausencia tan prolongada es muy estraordinaria... y si la señora de Cerny lo permite, esperaremos algunos instantes para tener noticias del baron.

Leo. (*con viveza.*) Si, si señor, esperaremos!... Doctor qué desaparicion era la que esta mañana os ha hecho olvidar nuestra cita?..

Doc. Se trata de una muger conducida á mi hospital por unos buenos hombres, que la habian impedido precipitarse desde el muelle al rio.

Leo. Ola!
Doc. Una loca!.. queria precisamente hablaros de eso, señor vizconde, porque os conoce!
Cer. A mi!
Doc. Y á vos tambien, Barnet... En su delirio, nos dijo cosas muy originales; por egemplo, sostenia que era... dispensadme si avivo vuestro dolor, señor de Cerny, Enriqueta, vuestra hermana.
Cer. De veras?
Doc. Y que Barnet tenia pruebas de ello.
Leo. *(á Cerny.)* Qué significa esto, señor?
Cer. No lo ois, señora? Una loca! *(ap.)* Es ella!
Bar. Esa muger me envió, en efecto, una historia, tal vez inventada por ella! Debe de haber conocido en otra ocasion á la señorita de Cerny.
Doc. Hablaba de rapto, de secuestracion...
Bar. Eso es.
Cer. Una novela como la que hacen los locos!
Doc. No conoceis á esa muger, señor vizconde?
Cer. No señor.
Leo. *(á Barnet.)* Pero esas pruebas que dice haberos dado...
Bar. No tengo ningunas, señora...
Cer. Pruebas, ay de mi! no tengo mas que una bien triste y bien real... *(á Barnet dándole un papel.)* Esta es la partida que he recogido á mi vuelta por Italia, en la cual consta la muerte de mi pobre hermana!..
Enr. *(que aparece en el umbral de la puerta de la izquierda.)* Y mi hija, ha muerto tambien, hermano mio!

ESCENA IX.

Los mismos y Enriqueta.

Leo. *(asustada.)* Ah!
Doc. He aqui precisamente nuestra fugitiva; voy al momento á...
Leo. Esperad, señor, yo reconozco esta muger.
Cer. (Qué dice?)
Leo. Esta es la pobre que yo he socorrido en el convento de los Carmelitas... Llevaba consigo una niña.
Enr. Mi hija, señora, mi hija adorada! Y á él es á quien vengo á reclamarla.
Leo. A él!.. por qué mi esposo os ha de haber robado vuestra hija?
Enr. Para matarla!
Leo. Ah! defendeos, caballero.
Cer. *(que ha tomado un periódico.)* Defenderme! No veis, señora, que si esta muger es Enriqueta, yo soy un indigno falsario... y si he matado á su hija... soy un asesino?.. Quereis que me defienda de todo esto?
Enr. Felix, te he pedido mi hija.
Bar. No me habeis dicho que habiais sido separada de vuestra hija, el dia que los dragones disiparon ciertos grupos, que en las últimas elecciones..
Cer. Ah! ese dia... esperad... vuestra hija llevaba al cuello un cordon de pelo?
Enr. Hecho por mi en la prision.
Cer. Y una pequeña medalla?
Enr. De plata, que era de nuestra madre...
Cer. En este instante nos acaban de decir en el ayuntamiento, que habia sido recogida una niña, que perdida en las calles de Tolosa, no ha sabido dar seña alguna; esta niña llevaba consigo un cordon de pelo y una medalla de plata.
Enr. Esa es!.. Ah! mi hija existe!.. Oh! yo quiero verla... me la van á devolver?
Cer. Sin duda, si sois su madre!
Enr. Si soy su madre! Oh... quereis atormentarme aun?.. Señor de Barnet, decidme, qué es preciso hacer para que se me devuelva mi hija?
Bar. Es preciso decir la verdad...
Enr. La verdad os la he dicho, y vos no la habeis querido creer!..
Bar. *(con intencion.)* Tened presente, que Enriqueta de Cerny ha muerto hace mucho tiempo, y que su familia la llora aun... Los documentos relativos á este doloroso acontecimiento, estan en mi poder. Negar esto, es negar la evidencia, y negar la evidencia, es una locura.
Enr. *(comprendiendo.)* Si, comprendo, en efecto, es una locura!.. *(ap.)* Dios mio, vos que le dais el derecho y la fuerza, me condenais á mi?
Leo. Y qué!
Enr. Señor Barnet, si yo renuncio á ser hermana del Señor, se me devolverá mi hija?
Doc. Se os devolverá, sin ninguna condicion.
Enr. Y se me dejará ir con ella libremente?
Leo. Sin duda.
Enr. Pues bien... *(mirando á Cerny.)* Oh! su mirada me aterra!..
Bar. Qué?
Enr. Señor Barnet, quemad esa relacion... olvidad todo lo que yo he podido deciros; en cuanto á mi, no me acordaré mas de esto... que el nombre de Cerny, que ha sido legado puro, se trasmita sin tacha... Yo no conozco al señor, no le hablaré, no le veré jamás... No es mi hermano, renuncio á llamarme su hermana .. en fin, yo no me llamaré jamás... Enriqueta de Cerny... Haciendo esto, ya no me tendran por loca?

ESCENA X.

Los mismos, Armando, Enrique, Carolina *y* Julia.

Lui. Qué veo! Enriqueta?
Todos. Qué dice?
Enr. Me conoceis?
Lui Si yo... *(se detiene viendo á Leona.)*
Leo. Hablad .. hablad.
Cer. Si, hablad.
Enr. *(bajo á Armando.)* Silencio, caballero; si hablais, pierdo mi hija... *(alto.)* Os engañais, caballero; yo no soy Enriqueta. Enriqueta ha muerto, si, ha muerto!... En cuanto á mi, soy muy dichosa... estoy libre... voy á volver á ver á mi hija... señor Barnet, Doctor, me lo prometeis?
Bar. Si, hija mia.
Leo. Debeis á esta desgraciada ayuda y proteccion.
Enr. Señor de Cerny, continuad llorando á vuestra hermana, la pobre Enriqueta; Dios se hará cargo de vuestras lágrimas... Vamos, señores, vamos. *(sale con Barnet y el Doctor.)*

ESCENA XI.

Los mismos, menos Enriqueta, *el* Doctor *y* Barnet.

Cer. *(á Luizzi.)* Señor Baron La señora de Cer-

ny y yo, os esperamos esta noche á las diez en el castillo de Cremancé.

Lui. (En su casa!)

Cer. Nos hareis el honor de asistir?

Lui. Iré, caballero!..

Cer. La mano, señor Baron!

Lui. (*sacando del bolsillo la mano vendada.*) Caballero!

Leo. Ah! estais herido, señor baron!

Car. Herido, él, Armando!

Lui. No te asustes, hermana mia... Esta herida no es nada. (*á Enrique.*) Un rasguño... he aqui todo... (*á Leona.*) Mil gracias, señora, por el interés que os tomais por mi... Querida Carolina, tengo necesidad de calma, de reposo...

Cer. Muy bien, muy bien, os dejamos.

Lui. Enrique, el señor Barnet os espera en mi gabinete.

Enrique. Voy allá, hermano mio.

Jul. (*bajo á Enrique.*) Estais pronto?

Enrique. (*bajo.*) Si.

Jul. Despachad pronto con el notario, é id á esperarme. (*salen todos.*)

ESCENA XII.

Armando, *solo.*

Arm. Tengo necesidad de estar solo; la vista de Enriqueta que ha vuelto á caer en poder de su hermano... esta cita en casa de Cremancé... todo, todo trastorna mi razon... Por otra parte, despues de mi duelo con Laroque, siento una duda, una ansiedad... (*llamando.*) Satanás, ven!

ESCENA XIII.

Armando *y* **Satanas** *por la chimenea que se abre y transforma en una gruta.*

Sat. Heme aqui, señor.

Lui. Necesito que me digas la verdad... lo quiero.

Sat. Y bien, Baron!

Lui. Antes de unir mi hermana al que amaba, te he preguntado algunas noticias acerca del conde de Lansberg.

Sat. Y yo te he dicho que el conde era el descendiente de una familia noble, pero pobre, de Holstein.

Lui. Y añadias?

Sat. Que era un honrado y valiente joven.

Lui. Si, me has dicho eso... y sin embargo... un compañero de armas de Enrique, herido por mi en este momento, en ese instante supremo, en el que el hombre no se atreve á mentir... porque conoce que está muy cerca de Dios, me ha dicho antes de espirar... Baron de Luizzi, el hombre á quien habeis entregado vuestra hermana, es un infame!..

Sat. Laroque tenia razon.

Lui. Entonces, tú me has engañado?

Sat. Distingamos, señor!.. tú me has pedido informes sobre el conde de Lansberg, y no sobre el intrigante que ha usurpado su nombre y su titulo.

Lui. Ese Laroque me habia dicho la verdad!

Sat. Si; y tú, en pago, le acabas de introducir una bala en el pecho; oh! ese es un mal modo de proceder!

Lui. Cielos! Conque el esposo de mi Carolina...

Sat. Se llama simplemente Enrique Donezan, y ha usurpado el nombre y los titulos del Conde de Lansberg!

Lui. Y ese miserable ha osado!.. Oh! yo le arrancaré la máscara que le cubre... y mi hermana le ama?..

Sat. Amarle! Tu hermana se engaña á si misma; han hablado á su imaginacion sin interesar su corazon... y esa alma sencilla y resignada, ha sido víctima de una maquinacion urdida secretamente á su rededor; reconocida al primero que la ha hablado de amor, ha creido que le amaba... y tú, porque dabas de dote quinientos mil francos á un conde de Lansberg, te has creido un modelo de hermanos! Ja! ja! ja! han esplotado la debilidad de la hermana y el orgullo del hermano. De Carolina y de ti, señor, no han querido mas que una cosa... el dinero!

Lui. El dinero! Oh! yo salvaré á mi hermana, si aun es tiempo... Satanás, quiero ver al fingido conde de Lansberg.

Sat. Eso es dificil.

Lui. Por qué?

Sat. Porque despues de haber recibido de mano de Barnet los quinientos mil francos, acaba dé salir furtivamente de tu palacio.

Lui. Imposible!

Sat. Silencio, y mira.

(El fondo se abre y aparece un puerto con su muelle, y en él una barca; la nieve cae en abundancia. Un hombre se pasea embozado en su capa, que parece estar aguardando. Este hombre es Enrique.)

ESCENA XIV.

Los mismos, **Enrique,** *y á poco* **Julia** *por la izquierda.*

Lui. Maldicion! Es él! Y qué espera alli?

Sat. Aguarda á su querida.

Lui. Su querida!

Sat. Si, ama á otra muger que no es Carolina; y cuando esta muger llegue, se marcharán ambos al estrangero.

Lui. Pero esa muger, ese cómplice...

Sat. Cómplice! Bien lo puedes decir, porque ella es la que todo lo ha hecho y dirigido... Ella, la que sin cesar al lado de tu hermana, la ha pérfidamente engañado, dándola por esposo... á quién? á su amante.

Lui. Qué horror! Pero esa muger, quién es?

Sat. Espera... ves esa joven que se desliza por la sombra?

Lui. Cielos! Julia!

Sat. La misma, la amiga sincera de Carolina.

Lui. Infames!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Un elegante gabinete en casa de Cerny. Sofá en el fondo y encima un espejo. A la derecha, en primer término, un escritorio; á la izquierda una consola. Puerta á la derecha y á la izquierda una chimenea. En el proscenio, á la izquierda, un velador con recado de escribir. En la chimenea dos candelabros con luces encendidas.

ESCENA PRIMERA.

Luizzi, un Criado.

Cria. Si quereis aguardar, voy á anunciaros á la señora.

Lui. Decidla que espera sus órdenes el baron de Luizzi. (*vase el criado.*) Voy á verla! Ella! Este es su gabinete... Oh! en vano quiero ocultarlo! La amo, la amo lo bastante para sacrificarla á mi venganza... Por verla, aunque por poco tiempo, he dejado á otros el cuidado de seguir á Julia y su indigno cómplice... he abandonado á Carolina... la he dejado que vuelva sola á ese convento de Carmelitas, de donde mi imprudente benevolencia le habia hecho salir... Leona!.. no tengo mas que un pensamiento... amarla... un deseo, un fin, ser amado! Este es el sueño de un insensato!

ESCENA II.

Luizzi, Satanas *que sale del escritorio, que vuelve á cerrarse.*

Lui. Qué puedo esperar? No está casada?

Sat. Y eso, qué importa?

Lui. Quién?.. Ah! eres tú?

Sat. Vuestro humilde criado.

Lui. A qué vienes? Quién te ha llamado?.. Tienes algun nuevo lazo que tenderme?.. Has inventado algun embuste infernal?..

Sat. Jamás te engaño, baron; tengo un deber de decir verdad á todas tus preguntas; es culpa mia si tú preguntas mal, ó si te das por satisfecho al momento con mis respuestas?.. El casamiento de Carolina es una leccion que no debes desaprovechar.

Lui. Si, porque desde este momento rompo nuestra pacto, y hago pedazos este talisman maldito! (*va á tirarlo.*)

Sat. (*deteniéndole.*) No lo hagas, ó te arrepentirás antes de cinco minutos. No tienes nada que preguntarme?

Lui. Nada.

Sat. Nada quieres saber?

Lui. Vete.

Sat. Estás enfadado? Tú tienes la culpa... Queria indemnizarte del mal dia que has pasado.... Amas á la señora de Cerny.

Lui. Acaso te lo he dicho yo?

Sat. La amas ciegamente.

Lui. Bien, si... pero no mancharé esa alma tan pura.

Sat. Eso es edificante!.. Veo que nada tengo que hacer aqui. (*hace que se va.*) Sin embargo, antes de marcharme, quiero hacerte una revelacion... sin interés... gratis.

Lui. Vete, maldito, vete.

Sat. No quiero que seas víctima de tus escrúpulos... La hermosa Leona es la verdadera condesa de Cerny, pero no es ni soltera, ni casada, ni viuda... Aprovéchate de eso si quieres... Buenas noches, baron. (*va á salir.*)

Lui. Espera.

Sat. No tengo nada que darte, pero si mucho que venderte.

Lui. Satanás, ven.

Sat. Ola! no me despides? No querias romper la campanilla diabólica?

Lui. No, porque mi amor hácia Leona es superior á todas mis resoluciones... Si algun secreto hay en su vida, dímele y te le pagaré.

Sat. Si, como los otros; pero si tú te olvidas tomar de tu tesoro, yo no olvido nunca tomar de él lo que legítimamente me pertenece.

Lui. (*asustado.*) Cómo! (*busca en su bolsillo.*)

Sat. No te asustes, tu bolsillo está aun bastante lleno... tengo providad... Puede que vivamos juntos eternamente, y no quiero tener en mi reino un condenado que dijese á los demas que te he faltado, y me he portado mal con él.

Lui. Ese secreto... pronto... la hora va á dar!..

Sat. Para que tengamos tiempo, voy á retrasar los relojes del departamento media hora. (*el reló se atrasa media hora.*) Cuántos amantes van á dejarse sorprender!... Cuántos esposos van á ser sorprendidos! Mañana habrá veinte duelos y doscientas demandas mas ó menos escandalosas, que cargo á tu conciencia... Por qué palideces, baron?

Lui. Vas á quitarme esta sola ilusion!

Sat. Al contrario, cuanto tengo que decirte de Leona, le favorece.

Lui. Bendito sea Dios! Aun hay mugeres honradas en el mundo!

Sat. Quién te ha dicho lo contrario? Si, ciertamente, las hay, y muchas, que es lo que siento; solamente que no sabeis encontrarlas ni honrarlas. A vuestro lado, á vuestra vista, en vuestras familias, hay buenas madres, hermanas, esposas y jóvenes honradas, pero no reparais en ellas; despreciais la virtud sin verla, el vicio solo os llama la atencion, os deslumbra y os fascina; y cuando llega á romperse el encanto, cuando conoceis que vuestro dia hermoso se nubla, entonces decis que vuestro ídolo es de barro y gritais traicion, negais la virtud, y porque de cien mugeres habeis encontrado una mala, y de cuya maldad la mayor parte de las veces teneis la culpa, proclamais resueltamente que las noventa y nueve restantes lo son tambien!

Lui. Tienes razon, pero háblame de Leona.

Sat. Bueno... El mismo dia de su matrimonio, el señor de Cerny estaba solo, encerrado en este gabinete... leia una carta que estrujaba entre sus manos, y que arrojó á esa chimenea, donde ardia un vivo fuego... A poco rato salió al salon para unirse con su linda desposada... Yo tenia interés en que esta carta no se quemase... estornudé y se apagó el fuego... Despues del baile, Leona se retira á este aposento; se hallaba triste y pensativa, y no recordaba solo á su marido. Se acordaba de ciertas visitas que recibia en las Carmelitas... Baron, tú creo que la visitabas alguna vez... Estaba delante de esa chimenea, y una casualidad la hizo fijar la vista en la carta arrojada por el señor de Cerny. La coge y reconoce la letra de su madre; pobre especie humana, cuantas reputaciones usurpadas!

Lui. Diablo! cómo deshonras todo lo que tocas!

Sat. Yo no deshonro lo que toco, sino toco lo que está deshonrado! Leona se apresuró á leer la carta escrita por su madre... He aqui el contenido de esta carta: Felix de Cerny, despues de haberme perdido, no habeis retrocedido ante el infame pensamiento de ser el esposo de mi hija... Yo os maldigo!

Lui. Miserable!

Sat. No seas tan severo; quién sabe si puesto en su lugar...

Lui. Yo!.. jamás!

Sat. He aqui la espresion favorita de los hombres... Jamás! Y si siempre que hablan asi, lo hiciesen de buena fé! Respecto á ti, señor, no has hecho una mala accion, y has hecho muchas, ni jamás te he visto vituperar cuando la misma accion se ha ejecutado junto á ti, aunque bajo distinta forma que la tuya.

Lui. Prosigue.

Sat. Apenas Leona acababa de leer la carta, cuando su esposo entró con la sonrisa en los labios y el rostro radiante de alegria... Se aproxima á su muger, que sin decirle una palabra, le presenta la carta de la señora de Cremancé. Cerny permanece inmóvil y mudo... Leona coge una luz y quema esta prueba de su infamia, y en seguida señala á Felix la puerta de este gabinete, por donde salió, conteniendo un grito de rabia y desesperacion... Esposos queridos para el mundo, permanecen desde este instante estraños el uno al otro; y he aqui como Leona de Cremancé no es ni soltera, ni casada ni viuda. Buenas noches, señor baron. (*desaparece en el mismo instante que entra Cerny.*)

ESCENA III.

Luizzi y Cerny.

Cer. Mil gracias, caballero, por vuestra exactitud.

Lui. (Siempre la misma sonrisa, la misma calma, y no poder arrancar la máscara á este hombre! (*alto.*) No tendré el honor de saludar á vuestra esposa?

Cer. Leona está algo indispuesta esta noche, y se ha retirado temprano; por otra parte, en la entrevista que deseo tener con vos, sobran los testigos... Sentémonos pues, os lo suplico, y hablemos. Señor de Luizzi, espero de vos lo que ningun hombre honrado puede negar al que le pregunta, la verdad.

Lui. Quereis esplicarme, caballero, qué verdad esperais saber de mi?

Cer. Cuando esta mañana visteis en vuestro palacio á esa pobre loca que se llevaba el doctor Simiane, pronunciasteis el nombre de Enriqueta... No crei entonces conveniente preguntaros dónde habiais conocido á esa muger, y cómo habiais sabido que pretendia llamarse Enriqueta de Cerny. Pero ahora, caballero, espero que me lo esplicareis con franqueza y lealtad...

Lui. Podria y deberia encerrarme en un prudente silencio... pero habeis apelado á mi lealtad, y venga lo que quiera, os diré lo que creo ser verdad. Si, conozco esa pobre muger... sé que se llama Enriqueta de Cerny... que es vuestra hermana, y que la habeis tenido encerrada doce años en una oscura prision, de la cual vos mismo os habeis constituido en implacable carcelero!.. Si os admirais de que siendo dueño de semejante secreto, no haya intervenido entre la victima y el verdugo, es porque la noche misma en que este misterio me fue revelado, Enriqueta de Cerny abandonó la prision donde estaba encerrada; asi es, que el cuerpo del delito hubiera faltado, y los magistrados me hubieran tenido por un calumniador insensato.

Cer. Si, calumniador!..

Lui. Oid, señor vizconde, oid! Si yo he guardado silencio esta mañana, es porque para hablar necesitaba pruebas.

Cer. (*sonriendo.*) Y esas pruebas?...

Lui. Espero tenerlas.

Cer. Vos!

Lui. He escrito á Florencia, donde segun decis, Enriqueta ha muerto... Dentro de algunos dias lo sabré todo!

Cer. No creais, señor baron, que tardaré una hora en dar á esta fábula un solemne mentis.

Lui. Un mentis no es siempre una prueba en favor de quien la dá.

Cer. Pero á lo menos, es un insulto para el que le recibe, y yo os lo digo sin acalorarme y sin violencia; señor baron, habeis mentido.

Lui. (*conteniéndose.*) Lo sabré cuando reciba las cartas de Florencia.

Cer. Oh! no esperareis hasta entonces...

Lui. Para batirme con vos?.. Dispensad, caballero. Si esas cartas os justifican, os debo una reparacion, y os ofreceré todas las ventajas, la eleccion de armas, de terreno... pero si sois lo que creo, señor de Cerny, si el orgullo de vuestro nacimiento os ha hecho descender al rango de los falsarios y asesinos, entonces me guardaré bien de evitar que seais castigado por la mano del verdugo.

Cer. Una palabra mas; puesto que dais tantas pruebas de franqueza, señor baron, no me direis cómo ha llegado á vuestra noticia esa fábula, inventada por una muger en un instante de delirio.

Lui. Dispensad no os responda á esa pregunta... Basteos saber, caballero, que no hay misterio por oculto que esté, que yo no pueda saber, si me place sorprenderle.

Cer. (*sonriendo.*) Pretendeis tener el don de segunda vista?

Lui. (*id.*) Tal vez.

Cer. (*con sarcasmo.*) Entonces, permitid os diga, que habeis cometido una imprudencia con venir.... una imprudencia grande, cuando creyéndome culpable de un doble crimen, por salvar el honor de mi nombre, podiais suponer que no dejaria salir de aqui á un hombre, que dueño de un secreto semejante, no ha sabido ó no ha querido guardarle.

Lui. (*indignado.*) Cómo! me prepararíais una emboscada?

Cer. Tengo tomadas mis medidas para el caso en que rehuseis batiros!

Lui. Y lo rehuso aun, caballero, porque para batirme es preciso estimar á su adversario, ó al menos dudar de su infamia... y yo no dudo de la vuestra.

Cer. Caballero!

Lui. No me asesinareis impunemente.

Cer. Qué loco sois! Mirad donde estais, señor baron; estais en las habitaciones de mi esposa, en su gabinete; nada prueba que habeis venido invitado por mi. Pues bien, estoy celoso... encuentro un hombre en el cuarto de mi muger por la noche, y le mato!

Lui. Vamos, la cólera os ciega.

Cer. Nada de bravatas! Todos los criados se ha-

llan lejos de aqui; noespereis pues socorro ni testigos. (*se abre una puerta y aparece Leona.*)

Leo. Os engañais. (*á Armando.*) Tendreis uno, señor de Luizzi.

Cer. y Lui. Leona!

Leo. He estado alli, y si quereis sepultar vuestro abominable secreto, es necesario matarme tambien, porque todo lo he oido.

Lui. Señora!

Cer. Si vuestra imprudente curiosidad os ha hecho confidente de esta odiosa calumnia, no temo vuestra indiscrecion, señora, porque todo lo que me deshonra á mi, os deshonra tambien á vos.

Leo. Os engañais... aceptaré, aunque inocente, la parte de deshonra que me toque, pero nunca seré voluntariamente vuestro cómplice. No guardeis conmigo mas consideraciones que con Luizzi, porque yo, lo mismo que él, juro hacer volver á vuestra hermana... vuestra víctima, su fortuna y su nombre.

Cer. Seriais capaz de acusar á vuestro marido?

Leo. Si, os acusaré; ya no debo guardar silencio mas que por mi...

Lui. Dejad, señora; dejad á ese hombre que corone su frente con un vil asesinato... yo le entrego mi vida con gusto, si este último crimen ha de romper los sacrílegos lazos que os unen á él... En cuanto á la deshonra con que os amenaza, no puede recaer sobre vos, que aunque sois su muger delante de la ley, no lo sois delante de Dios.

Leo. Caballero!..

Cer. Qué decis?

Lui. Digo, que el amante de la señora de Cremancé que se ha atrevido á pisar este gabinete, ha hallado la prueba de su infamia, aqui, donde venia á buscar una incestuosa felicidad! Digo, que lo mismo que si Dios le hubiese puesto una aureola en su frente, este angel ha permanecido puro bajo el techo conyugal; digo en fin, que esta muger no es vuestra, y que no tiene de comun con vos mas que el nombre que honra, llevándole.

Cer. (*con rabia.*) Oh!

Leo. (Qué oigo!)

Cer. (*cogiéndola de un brazo.*) Decidme, señora, cómo este hombre sabe vuestros secretos? Es acaso vuestro amante?..

Lui. (Qué he dicho!)

Cer. Estamos solos! Semejantes secretos, lo repito, no se confian sino á un amante.

Lui. Os juro!..

Cer. Os arrepentis ahora de haber ido demasiado lejos... No temeis por vos, sino por ella!

Leo. (*alzando la cabeza.*) Basta, basta; he sufrido la desgracia, pero no sufriré el ultrage... Porque increible fatalidad Luizzi ha podido descubrir este secreto, que hace aparecer los colores á mi rostro, lo ignoro; pero no consentiré que sospecheis de mi, caballero; os desprecio, pero vos no teneis derecho de despreciarme. (*á Luizzi.*) Y vos, caballero, á quien queria salvar, por quien venia á dar mi vida, qué os he hecho yo, para que vengais á deshonrarme? Es preciso que digais la verdad, señor de Luizzi, la verdad pura... Es preciso. Sabeis demasiado que no soy vuestra querida, que soy una muger honrada; pero hablad... hablad.

Lui. Os juro que vuestra esposa...

Leo. No es bastante ese juramento... podrá dudar aun... y por infame que sea, no quiero que dude... Quién os ha hecho esta estraña revelacion? Decidlo por vuestro honor, señor de Luizzi, nombradle, es preciso... Oh! no os pido otra cosa... lo quiero!

Lui. Señora, no puedo hacer mas que dar por vos esta existencia maldita, que es funesta á todos los que amo. Matadme... que no oiga sus reconvenciones... que no vea sus lágrimas.

Cer. (*montando sus pistolas.*) Si, os mataré, os mataré á los dos.

Leo. Ayer hicisteis mi vida odiosa, y os hubiera bendecido si me la hubieseis quitado! pero hoy... ahora no quiero morir inocente y deshonrada.

Cer. Aun hablas de inocencia y de virtud! Quitad allá... llevad á la tumba mi secreto y vuestro amor.

Leo. (*retrocediendo á la vista de las pistolas.*) Ah! ah! (*cae en los brazos de Armando.*)

Lui. Satanás! Sálvala, te lo mando. (*llama y en seguida las luces se apagan, el secreter se abre, y aparece una puerta por la que sale Satanás.*)

ESCENA V.

Los mismos y Satanas.

Sat. Por aqui, señor, por aqui.

Cer. Oh! mi odio logrará encontraros. (*dispara sobre Satanás que se ha colocado entre los dos, y recibe el tiro en la mano, enseñando la bala entre sus dedos.*)

Sat. (*riendo.*) Tomad, señor vizconde, ahi teneis la bala que os regalo.

Cer. Les juro que no podrán sustraerse á mi venganza.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa el piso bajo de una posada. Puerta grande al fondo, y dos á cada lado; mesas, bancos y demas útiles de posada. A la izquierda una mesa con tintero y papel.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen el Posadero, Crisostomo *y contrabandistas armados, bebiendo.*

Cri. (*brindando.*) Muchachos, á nuestra buena suerte.

Todos. Sea. (*beben.*)

Pos. Parece que ha sido bueno el negocio?

Cri. Poca cosa; una silla de posta que conducia á un tonto, el cual llevaba encima mas de quinientos mil francos.

Pos. Cáspita! Y á eso llamais poca cosa!

ESCENA II.

Dichos, y Luisa *conduciendo por el fondo á* Luizzi *y* Leona *que vienen con trage de camino.*

Luisa. (*que entra la primera.*) Por aqui, señora, por aqui.

Pos. (*acariciando á Leona.*) Cómo es eso, niña, me traes huéspedes? (*á Leona y Luizzi.*) Entrad, señores.

Luisa. (*tomando una silla dándosela á Leona.*) Si, venid y descansad, señora, porque os hallais muy fatigada.

Pos. (*á Luisa.*) Dónde has encontrado á estos señores?

Luisa. En la vuelta del Cuervo; su carruaje se habia roto en aquella encrucijada.

Cri. (*bebiendo y ap.*) Cerca de nuestra guarida. Vamos á ver si se ha perdido algo. (*habla en silencio con sus camaradas, que se van saliendo poco á poco.*)

Luisa. Les era imposible seguir adelante; por fortuna yo me encontraba cerca, y les aconsejé viniesen á vuestra casa, en el interin se les compone el carruaje.

Leo. (*abrazándola.*) Gracias, hermosa niña.

Lui. (*acercándose á Crisóstomo.*) Una palabra, buen hombre.

Cri. Aun cuando sean dos.

Lui. Sois marinero?

Cri. Algo entiendo de eso.

Lui. Teneis barca?

Cri. De las mas veleras.

Lui. Hay en el puerto algun buque pronto á salir?

Cri. Tres, que levarán ancla al rayar el dia.

Lui. Podreis conducirnos á la rada esta noche?

Cri. No sé; la mar está muy alborotada.

Lui. Quinientos francos teneis, si nos conducis esta noche á uno de esos tres navios.

Cri. Quinientos francos!... Corriente... A la subida de la marea os vendré á buscar. (Cáspita! que es generoso este viagero!) (*á Luizzi.*) Cumpliré mi palabra á fé de Crisóstomo. (*vase.*)

Leo. (*á Luizzi.*) Qué es eso?

Lui. (*bajo.*) Como no podemos permanecer aqui, y tenemos varios buques á la vista, he ajustado con ese hombre que nos conducirá á uno de ellos esta noche.

Luisa. (Tan pronto?)

Lui. (*al posadero.*) Hasta que llegue la hora de partir, indicadnos un aposento donde mi hermana y yo podamos descansar unos minutos.

Luisa. (*con viveza.*) Ah! la señora es vuestra hermana?

Lui. (*recordando.*) Si, hija mia.

Pos. Os daré el cuarto que acaban de desocupar unos lindos jóvenes, que han ido á embarcarse en el paquebot que se da á la vela para Lóndres. (*vase puerta derecha.*)

Lui. (Si serán...)

Leo. (*al posadero.*) Gracias.

Luisa. (*mirando á Leona, ap.*) Cuanto mas la miro... Si, es ella!

Leo. Por qué me mirais asi?

Luisa. Porque creo reconoceros.

Lui. (Qué dice?)

Leo. Dónde me habeis visto?

Luisa. En el convento de Carmelitas, donde pasamos la noche mamá y yo.

Leo. En efecto, ya me acuerdo... Sois la hija de Enriqueta!

Lui. Enriqueta!

Luisa. Si señora; fuisteis muy caritativa para con nosotras, y ahora me alegro de haberos podido servir en algo.

Leo. Si, Armando, esta es su hija; dirigídsela al señor de Barnet, que él hará cuanto yo hubiese sido muy dichosa en poder hacer. Escribidle, amigo mio.

Lui. Al momento... (*se pone á escribir.*) Barnet debe haber recibido ya las cartas de Florencia que yo aguardaba, y á estas horas habrá dado fin á una obra que yo comencé. . Volverá esta niña á su madre, y á ambas una fortuna y un nombre.

Luisa. Yo no quiero mas que ver á mi mamá! Sabeis dónde está?

Lui. Si, y muy pronto os hallareis á su lado. (*escribe.*)

Luisa. (*besando la mano de Leona.*) Ah! cuánto os voy á deber!...

Leo. (*acercándosela á sí.*) Te perdistes en Tolosa, no es verdad?

Luisa. Si señora, me encontré sola entre aquella multitud que corria por todas partes; al anochecer, me vi en medio de una calle muy oscura, donde lloraba y llamaba á mamá. Unos soldados que pasaban por alli, me hablaron con unos modos, y me llevaron á una casa muy sucia, donde no vi sino semblantes pálidos y tristes, vestidos llenos de andrajos, y donde no oia sino gemidos y quejas!

Leo. (*con tristeza.*) Gran Dios! La llevaron á un depósito de mendigos!

Luisa. Si, asi llamaron á esa casa... Debia estar alli hasta que pareciese mamá... Todos los dias esperaba... y no venia... El tiempo se pasaba, y yo no recibia ninguna noticia... Una noche, que se dejaron abierta la puerta, y que nadie me veia, salí, tomé la primer calle que encontré, creyendo siempre que esta me conduciria donde estaba mamá... Andube mucho tiempo, y tal vez hubiera muerto de cansancio y de hambre, á no ser por la buena Estéfana, la mujer del posadero, que me condujo á su casa y dió de comer... Me ha vuelto la vida, pero os bendeciré mas á vos, si me devolveis mi madre.

Leo. (*abrazándola.*) Eso no pueden hacerlo los hombres, sino es Dios; tened en él confianza.

Lui. (*que acaba de escribir.*) Hija mia, llevad esta carta al notario Barnet, en Tolosa; la mujer que os ha recogido os acompañará; una vez bajo su custodia, no tendreis que temer la miseria ni el abandono. Id, y decídselo á Estéfana.

Luisa. Al momento. (*se va y vuelve.*) Decidme, y este señor Barnet, me conducirá donde está mamá?

Leo. Si; Dios os concederá esa felicidad, pobre niña!

Luisa. Oh! cómo voy á pedirle por vuestro hermano y por vos!

Lui. No, hija mia, pedidle á Dios... por ella! (*señalando á Leona.*)

Luisa. Voy al momento... quiero ver á mamá... abrazarla!... Ah! cuán feliz soy, Dios mio! (*besa la mano de Leona y Luizzi, y vase corriendo por la izquierda.*)

ESCENA III.

Luizzi, Leona, *la cual se sienta junto á la mesa de escribir.*

Lui. Y ahora, me perdonareis, Leona?

Leo. (*volviendo sus ojos dulcemente hácia él.*) Señor de Luizzi, sois un hombre honrado, me complazco en deciroslo... pero me habeis perdido á mi, que soy una mujer honrada... Cuando volví del desmayo y me hallé en un carruaje

que marchaba con rapidez, me parecia que iba conducida por la tempestad... Creia estar sola... hasta que al rayar el dia, vi que estábais frente de mi... Llorábais... y yo, vuestra víctima, tuve piedad de vos!

LUI. Ah! ambos somos juguete de un destino fatal que nos persigue! Lo que es yo, no merezco piedad ni compasion... pero vos... tan santa... tan pura... obligada á huir para ocultar vuestra vergüenza y libraros de un asesino!... Ah! esto es horrible!

LEO. Ahora no me falta valor!... Creed, amigo mio, no temeria morir.

LUI. Morir!... Vos!... Ah! esa palabra es mi suplicio!... No, no morireis!... Sabré defender vuestra vida contra el vil que nos persigue, y contra la calumnia... Siento en mi todo el valor necesario para emprender esta lucha, y la emprenderé... Dentro de algunas horas abandonaremos la Francia... Carolina se nos unirá en el retiro que vos elijáis .. será vuestra hermana, y yo... vuestro hermano!... Y si mas tarde... compadecida de los tormentos que sufro, os dignais perdonarme, y olvidar el mal que os he causado.... Ah! Leona! Dios tambien perdona! (*postrándose á sus pies.*)

LEO. (*durante estas palabras ha estado escribiendo; le tiende la mano que Armando besa; conmovida.*) Esta carta que estoy escribiendo, es para vos.

LUI. Para mi! (*levantándose.*)

LEO. (*escribiendo aun.*) Si, para vos... Jurad que mientras yo viva no rompereis su sello. (*cierra la carta.*)

LUI. Mientras que vivais!... Oh! pero yo...

LEO. Juradlo, juradlo por vuestro honor, caballero, y por la memoria de vuestra madre.

LUI. Lo juro!...

LEO. (*entregándole la carta.*) Mil gracias!... Tomad... Voy á esperar la llegada del hombre que nos ha de conducir.

LUI. Partireis conmigo?

LEO. Si.

LUI. Ahora soy yo quien os da las gracias.

LEO. (*dirigiéndose al cuarto derecha.*) Señor de Luizzi, me habeis llamado vuestra hermana!... Leona de Cremancé va á descansar bajo la salvaguardia de su hermano. (*Luizzi se inclina, Leona sale.*)

LUI. Si, su hermano!

ESCENA IV.

LUIZZI, SATANAS; *despues el* JUEZ *y los gendarmes.*

LUI. El tiempo pasa, y no viene ese hombre que me ha prometido su barca... Si faltará á su palabra!... Cerny puede seguirnos, y entonces todo está perdido... (*abriendo la puerta del foro, que luego cierra.*) No veo á nadie!... Ese hombre, cómo se llamará?... Ah! Crisóstomo, me parece... (*llamando.*) Crisóstomo!...

SAT. (*apareciendo por el escotillon.*) Qué quereis, mi amo?

LUI. (*sin verle.*) Pronto, la barca...

SAT. (*riendo.*) Mi barca?... Ha marchado.

LUI. (*volviendo á él.*) Qué dices?

SAT. Conduciendo una linda pareja que yo he salvado, y que paga mejor que vos; pues ha soltado cien luises, mientras que vos dabais quinientos francos.

LUI. Satanás, quieres perderme? (*se oye mugir el viento.*)

SAT. Yo! ingrato!... Escucha... oyes ese ruido?... Es una borrasca.

LUI. Lo veo, no quieres que me sustraiga á tu fatal influencia... A cada momento creas obstáculos, para venderme mas caros tus servicios... Pues bien, Satanás, mi bolsa no se ha agotado aun... eres mi esclavo!... Pronto, una barca... lo mando.

SAT. Te la daré, si aun quieres embarcarte, despues de leer la carta que acaba de entregarte Leona de Cremancé.

LUI. Esa carta!... Olvidas que he jurado respetar su sello?

SAT. Lo sé... pero tengo lástima de tí, y por un momento permitiré á tu vista atravesar la espesura de ese papel... Baron, ahora ya puedes leer la carta contenida en ese sobre, porque ese sobre es para ti transparente como el cristal mas puro.

LUI. Qué prodigio! (*leyendo.*) «Armando, me amais, y yo os lo creo... Una mujer vulgar se envaneceria con vuestro amor, y arrostraria la vergüenza para vivir cerca de vos... Yo no soy una mujer vulgar y os amo... he aqui por qué quiero morir... Me arrojaré al mar durante la travesia, y mi último suspiro se confundirá con mi primer amor.»

SAT. Quieres ahora la barca?

LUI. No, no, permaneceremos aqui... no me separaré de ella ni un instante... pero respóndeme....

SAT. Di?

LUI. Qué hace el señor de Cerny?

SAT. Con la ayuda de una carta que escribiste á tu hermana, y que ha logrado interceptar, ha sabido los pormenores de vuestra fuga, y ha seguido vuestros pasos.

LUI. En efecto, esa berlina...

SAT. Que seguia á la tuya... (*recalcando estas palabras.*) encerraba al digno y virtuoso personage que se llamaba Felix de Cerny.

LUI. (*con espanto.*) Qué se llamaba!... Qué quieres decir?

SAT. Asi es; hay un pequeño detalle que tú no sabes... un accidente...

LUI. Cuál?

SAT. Que Cerny acaba de morir asesinado.

LUI. Asesinado!

SAT. Los gendarmes y el juez no tardarán en llegar... Ahi los tienes.

LUI. (*con espanto.*) Qué dices?

SAT. Ya llaman. (*llaman á la puerta del foro.*)

LUI. Y por qué llaman asi?

SAT. Para prender al asesino.

LUI. A quién se acusa?

SAT. A ti... A Dios. (*se hunde.*)

JUEZ. (*dentro.*) Abrid en nombre de la ley. (*la puerta cede á los golpes, al mismo tiempo que sale Leona de su cuarto con muestras de terror.*)

LEO. Armando, Armando, qué sucede?

JUEZ. (*saliendo.*) Baron de Luizzi, os prendo por asesino.

LEO. El!

JUEZ. Y á vos, vizcondesa de Cerny, como adúltera.

LEO. (*ocultando el rostro entre sus manos.*) Dios mio! Dios mio!

JUEZ. Prendedlos!

LUI. Deteneos! Infeliz del que se atreva á tocar á

está señora! (*saca una pistola, la monta, y se coloca delante de Leona, á cuyo tiempo los gendarmes se preparan á acometerle, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon corto del castillo de Ronquerolles; una mesa con avios de escribir, y un sillon junto á ella.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, *sentado en el sillon, duerme.*

(Durante su sueño se oye una música alusiva al objeto, y se verán pasar algunos diablos que le rodean, al mismo tiempo que otros le atormentan, y uno en particular que con una paja le está haciendo cosquillas en la frente y la nariz. Al despertar desaparecen.)

PED. (*durmiendo.*) Si señor, nuestro amo ha muerto, y es necesario que nos repartamos sus bienes. (*se da una palmada en la frente.*) Diablo de mosca!.. Santiago, toma tú la silleria.... tú, Pedro, los chismes de la cocina.... (*nueva palmada en la frente.*) Qué pesadez! Ja! ja! Para mi la ropa blanca, la plata y los otros muebles... Ya veis que no soy avaro... vosotros lo demas... conservadlo en memoria de nuestro buen amo... Maldita mosca! Y qué vida tan regalona que me voy á dar! (*ruido de campanillas, se levanta despavorido.*) Eh! quién llama?... Si será el amo?.. Que tonto soy!.. El amo! Si está preso en Tolosa, por haber asesinado al señor de Cerny!.. Sin duda soñaba!... Volvámonos á dormir que aun es temprano... (*se recuesta en el sillon; nuevo ruido de campanillas.*) Otra vez!... Ahora estoy bien despierto... Es la campanilla del cuarto del amo, no me cabe duda!.. Si habrá muerto y vendrá... (*vuelven á llamar.*) Vamos, valor... es preciso no tener miedo... (*temblando.*) Quiero convencerme por mi mismo de que no hay nadie... absolutamente nadie... (*si dirige á la izquierda.*)

LUI. (*dentro.*) Pedro!

PED. Jesus mil veces! Es su voz... (*viéndole.*) sus pasos... si, él es.. Dios me valga!...

ESCENA II.

PEDRO, LUIZZI *por la izquierda.*

LUI. No me has oido llamar?

PED. Señor, como estabais... no creia... (*ap.*) No se lo que me pasa!

LUI. (*ap. y mirando á su alrededor.*) Este es mi castillo de Ronquerolles!.. Pues no estaba hace poco....

PED. (Está como admirado!.. No hay duda... es su sombra!..)

LUI. No me has visto venir?

PED. No señor.

LUI. Pues cómo estoy en este castillo?

PED. (El diablo que lo sepa!) Lo que es yo, no puedo deciroslo.

LUI. (El otro lo sabrá.) Vete...

PED. Bien, señor... (Está pálido!.. Si se habrá escapado de la prision... y vendrá para que le enterremos nosotros?... (*sale mirando con terror.*)

ESCENA III.

LUIZZI, *despues* SATANAS *por el escotillon.*

LUI. Si mi cabeza no está enteramente trastornada, recuerdo que cuando me separaron del lado de Leona, me metieron en un calabozo, donde cai desmayado al poco tiempo... Luego abro los ojos, y me encuentro echado en mi lecho, y en este castillo... Quién me ha traido aqui?... Qué es lo que ha pasado?... Ah! yo quiero saberlo... (*agita la campanilla.*) Satanás?

SAT. Aqui estoy. (*con toga, como un juez.*)

LUI. Qué trage es ese?

SAT. El de tu juez, encargado de practicar las primeras diligencias... Este sabio magistrado se encontraba muy ocupado, y yo he venido en su lugar, logrando con mi astucia, y la del médico que llamaron en tu auxilio, hacerles creer que estabas loco, y que era necesario mandarte al hospital para que te curasen.

LUI. Loco yo!

SAT. Y que por consecuencia era necesario tratarte con mucho esmero, á fin de que puedas comparecer ante el tribunal que ha de juzgarte... Oh! la justicia es como el cazador, que engorda en la primavera la caza que ha de matar en el otoño. Un inocente podrá morirse de hambre, pero á un asesino!.. A ese no se le dispensan los bocados mas esquisitos, se le sirven todos sus caprichos... Y á ti, te creen un asesino, Baron!

LUI. Seré al fin condenado por un crimen que no he cometido!

SAT. Eso pertenece al porvenir, y no estoy obligado á decírtelo .. Recuerda á Calas y á la Criada de Palaiseau que eran inocentes.. el uno fué enrodado y la otra ahorcada... Oh! la justicia tambien se engaña!... Y bien mirado, quién no se engaña en este mundo!...

LUI. Pero por qué me acusan de haber muerto al señor de Cerny, cuando no le he vuelto á ver desde aquella noche que nos salvaste?

SAT. Eso pertenece á lo pasado y es mi deber responderte... Cuando huias con Leona, y antes de refugiarte en la posada, recordarás que se rompió tu carruage en aquella encrucijada.

LUI. Bien, y qué?

SAT. Cerny que os seguia, llega á la berlina, se informa de tu postillon el camino que habias tomado, y furioso echa á correr tras vosotros, con las pistolas en la mano.

LUI. Despues...

SAT. Despues sonó un tiro.

LUI. En efecto; pero creia que ese tiro habia sido disparado por algun cazador...

SAT. No lo fué sino por un contrabandista, á á quien el aspecto y las armas que Cerny llevaba en la mano, le hizo tomar por un agente del gobierno, encargado de perseguirles. Asi es que tu enemigo cayó herido de un balazo en la cabeza, y al caer pronunció tu nombre.

LUI. Mi nombre!

SAT. Espiró acusándote, delante de cuantos habian acudido en su socorro.

LUI. Es una horrible calumnia!

SAT. Calumnia... para ti, verdad para tus jueces! Qué cosa mas natural!... Huyes en compañia de su muger .. Quién otro mas que tu, podia

tener interés en la muerte del vizconde?... Apariencia... culpabilidad.... condenacion.... Te confieso que reunes todas las condiciones necesarias para ser el héroe de una causa célebre.

Lui. Puesto que estoy libre, nada me importa.... huiré... Mas Leona, mi hermana, Enriqueta, qué ha sido de ellas?

Sat. Voy á satisfacerte... Ven conmigo, atravesarás el espacio, y seras invisible. (*el teatro se transforma en una sala que representa el interior de un hospicio. A un lado hay una gran reja.*)

ESCENA IV.

Dichos, Leona, el Doctor, *un criado, despues* Luisa.

Lui. Qué sitio es este?

Sat. La casa de locos en que está encerrada Leona.

Lui. Leona en una casa de locos!

Sat. Cuando su marido la seguia para prenderla, claro es que era para que se la privase de su libertad. Por lo demas, aqui se la trata con mucho miramiento, gracias al doctor Simiane.

Lui. Pobre Leona!.. Pero Carolina, Enriqueta...

Sat. Se hallan tambien aqui. Carolina en calidad de pensionista, Enriqueta...

Lui. Y bien?

Sat. La verás al momento. (*se oye ruido en la reja.*)

Leo. Señor Simiane, qué ruido es ese?

Doc. (*mirando.*) Una pobre que acaban de prender... No me engaño; es la joven que ha venido muchas veces preguntando por vos.

Leo. Por mi!

Doc. Perdonad que no la haya dejado hablaros, porque como director de esta casa, debo dar ejemplo de sumision al reglamento, y nadie, sin autorizacion especial, puede atravesar sus puertas.

Leo. Una joven!... Si será...

Criado. (*entrando.*) Señor doctor, acaba de prenderse á una pordiosera que estaba robando.

Leo. Un robo!.. Entonces no será Luisa. (*Luisa aparece conducida por dos gendarmes.*) ¡Cielos! Ella es!

Luisa. (*corriendo hácia Leona.*) Ah! señora, cuan segura estaba de veros!

Leo. Señor doctor, esta niña no es culpable, no ha robado.

Luisa. (*con sencillez.*) Si señora, he robado.

Leo. Ignorabas acaso que eso es un crimen?

Luisa. Sabia que era un vicio muy malo, y sin embargo, he robado.. Vais á saber el por qué. Cuando os prendieron en la posada, lloré mucho.... Habiais sido tan buena para mi!... Y ademas, me prometisteis que veria á mi madre!.. No tenia otra esperanza que vos, y como os metieron en el coche, pensé seguiros hasta donde se os condujese.

Leo. Desgraciada!

Luisa. El coche iba muy despacio á causa de vuestra debilidad, y asi me era facil seguiros á pié, y saber vuestro destino; viendo que era esta casa, me presenté en ella varias veces, y siempre se me rechazó, sin dejarme hablaros... Entonces pregunté á un vendedor que hay enfrente, cómo se podia entrar aqui, á lo que me respondió, que aqui no entraban sino las locas y las ladronas... Pedí perdon á Dios y á mamá... (*llorosa.*) y he robado!.. robado en medio del dia, para que todo el mundo me viese... (*con alegria.*) estaba segura de que me prenderian y conducirian á vuestro lado... Ahora, vos me direis donde está mamá.

Leo. Y ha sido por verme, por saber dónde está tu madre, por lo que has hecho eso?... Ah! pobre niña, el cielo se apiada de tanto como has sufrido, y guarda á tu ternura filial una grata recompensa!.. Tú madre está aqui, vas á abrazarla!

Luisa. Aqui! Ah! ¡por eso á costa de mi vida queria veros!

Leo. Ah! señor doctor!.. Estais conmovido, veo vuestras lágrimas... corred, reunid esa joven con su madre!

Doc. Si, al instante... (*al criado.*) Decid á la hermana Carolina que conduzca á esta sala la persona encerrada en el número cuatro. (*vase el criado; á Luisa.*) Hija mia, ahora vereis á vuestra madre.

Luisa. Tardará mucho?

Doc. Tened un poco de paciencia.

Luisa. (*mirando.*) No viene .. Si, aquella es.... ya la veo!

ESCENA V.

Dichos, Carolina, *con un trage negro,* Enriqueta.

Car. (*entrando.*) Siempre en el mismo estado, señor doctor!

Doc. Dejad que yo la prepare. (*se coloca delante de Luisa para ocultarla de su madre.*)

Enr. Por qué me llevais asi?.. Dónde me conducis?.. Aqui estoy bien... Esos semblantes, esos gritos que oigo sin cesar desde mi cuarto, me hielan, me causan miedo... Hermana mia, quiero mudar de habitacion para no ver sus rostros al través de los hierros de mi ventana.

Luisa. (*á Leona que la detiene.*) Por qué no me dejais abrazar á mi madre?

Doc. (*á Enriqueta.*) Estais ya mejor?

Car. Venid, para que veais á vuestra hija.

Enr. Cuan cruel sois! Demasiado sabeis que me la han asesinado!

Luisa. Qué dice? (*hace esfuerzos por ir junto á su madre.*)

Doc. Os juro que existe.

Enr. Faltais á la verdad!.. Si los hombres son desapiadados, Dios no lo es!.. Si mi hija existiese, creeis que no hubiera tenido compasion de su pobre madre, y á vuestro pesar, no hubiese corrido á estrecharme entre sus brazos!

Luisa. Si, madre de mi alma, si, aqui me teneis...

Enr. Ah! (*con terror, rechazándola.*)

Luisa. Qué! no me quieres ya?... No me abrazas!.. Pobre madre mia!...

Enr. (*tentándola y mirándola.*) Si... no es un sueño... vive... es... (*dando un grito de alegria y abrazándola.*) mi Luisa!.. mi hija de mi corazon!... (*arrodillándose.*) Gracias.... gracias.... Dios mio!... os habeis compadecido al fin de la pobre madre! (*la besa y estrecha contra su pecho.*)

Doc. Veis como no os habia engañado!
Enr. *(cogiendo á su hija.)* Oh! ahora la tengo á mi lado y no me la quitarás... ven, ven si te atreves, hermano desapiadado.
Car. Nada temais por vos ni vuestra hija.
Luisa. Mamá, no me mires asi, que me das miedo... Qué tienes? Por qué me aprietas tanto?.. Me haces daño!.. No llores... *(besándola.)* Ahora soy tan feliz!
Enr. Mira, Luisa, si alguna vez sales de esta casa, guardate de decir que eres la hija de Enriqueta Cerny... no olvides, sobre todo, el nombre de nuestro perseguidor... mirale bien cuando entre... á fin de que le reconozcas algun dia.. Ven, te ocultarás bajo aquellas cortinas, para que puedas conocerle. *(vase con ella.)*
Luisa. *(al doctor.)* Qué tiene mi mamá?.. La curareis, no es verdad?
Doc. Si, hija mia.
Leo. Ah! doctor, su enfermedad es incurable!
Doc. Enteramente.
(cambia la decoracion por la anterior, ocultándose todo.)

ESCENA VI.

Satanas *y* Luizzi *que quiere correr hácia Enriqueta y Leona; Satanás se lo impide.*

Lui. Perdida, perdida para siempre! Oh Satanás, tiemblo al preguntarte... Leona!
Sat. Leona inocente y pura, no quiere comparecer ante un tribunal, y ha resuelto morir.
Lui. Morir!
Sat. En su seno oculta el veneno que ha de dar fin á su existencia.
Lui. Un veneno! Ah! esto es muy cruel!.. Satanas, que esas mugeres sean dichosas... mi vida en cambio de su felicidad!.. Que Carolina sea libre... Enriqueta vuelva á la razon, Leona á la vida... y si es preciso... toma mi salvacion eterna!.. *(con el mayor delirio.)*
Sat. La acepto, pero acuérdate siempre que yo no te la he pedido... Cuanto deseas, y que me pagas á un precio tan caro, ha de suceder naturalmente y sin mi ausilio... Miserable mortal!.. Esta vez, lo mismo que las demas, la sola causa de tu ruina has sido tú... tú! *(con risa y desprecio.)* Pobres hombres!.. El diablo de quien os burlais y á quien teneis miedo... el diablo, vuestro enemigo eterno é implacable... son vuestras pasiones.... vuestros gustos.... vuestros defectos... Vuestro corazon es un infierno, donde impera el orgullo como rey!... Baron de Luizzi... tu última hora se acerca... pronto me pertenecerás... *(se hunde.)*
Lui. Aun piensas engañarme... *(viendo á Carolina.)* Hermana mia!

ESCENA VII.

Armando, Carolina, *despues* Enriqueta, Luisa *y* Leona.

Car. *(corriendo á sus brazos.)* Ya eres libre!..
Lui. Qué dices?
Car. El contrabandista que habia muerto al señor de Cerny, herido mortalmente en una refriega, ha confesado su crimen.
Lui. Y tú, Carolina?
Car. Estoy libre.
Lui. Enrique...
Car. Ha perecido y Julia tambien... Cuando los conducian para embarcarse en el paquebot, la borrasca que se levantó fue la causa de que se perdiese la barca.
Lui. Y Enriqueta... y Leona?
Car. Han venido conmigo... Miralas!
Lui. *(corriendo hácia Leona.)* Viva!.. viva!
Leo. Vuestra hermana es quien me ha salvado.
Lui. Y vos, Enriqueta?
Enr. Solo un milagro me podia volver la razon; perdida para siempre, y este le ha obrado las caricias de mi hija. *(abrazándola.)*
Luisa. Madre mia!
Lui. Conque el Señor se ha apiadado de vuestro martirio y os devuelve libres y dichosas! *(con dolor.)*
Car. Si, para no separarnos jamás!
Lui. Jamás!.. Oh dicha!.. oh!.. *(con terror.)* Pero qué digo? Y esa hora pronta á sonar!.. Ah! soy perdido!..
Todos. Qué dices!..
Lui. Ahora comprendo por la primera vez de mi vida, desde que acepté la fatal herencia de los Luizzi, que ese poder sobrenatural me ha precipitado en un abismo. Desgraciado el hombre que lee los misterios del porvenir!... Desgraciado yo una y mil veces, que he querido poseer una ciencia tan temible! *(con dolor.)*
Leo. Armando, volved en vos; cualquier secreto que encierren tan estrañas palabras, aun es tiempo de confiar en la amistad!
Enr. Y en el amor!
Car. Y en Dios, hermano mio! *(con acento sublime.)*
Lui. Si, en Dios!.. *(lloroso y postrándose de rodillas.)* Dios tendrá piedad de mi alma!.. Si, la tendreis, Dios mio! Yo que no hice mas que bien á mis semejantes!.. Deberé morir!.. Cuando la dicha empezaba á sonreirme!.. Será eterna mi condenacion!... *(un reló da las doce.)* Las doce!... Adios, Leona, hermana mia... rogad.... á.... Dios.... por.... un.... pecador! *(cae muerto.)*

ESCENA VIII.

Dichos y Satanas *por un escotillon, con trage de diablo.*

Sat. Tu hora ha sonado!.. Armando, Baron de Luizzi, tu alma es mia!... Para siempre me perteneces! *(las mugeres se retiran aterradas á un lado, y Satanás ayudado de varios diablos, cogen el cuerpo de Luizzi y le llevan al foro.)*

ESCENA ULTIMA.

Todos y el Angel *de las misericordias, armado de una espada de fuego; Satanás y demonios caen aterrados.*

Angel. Cesa, espíritu impuro!.. Su alma pertenece al Criador que le ha perdonado! Los padecimientos de su familia han purificado sus culpas, y ya libre de ellas, vuela risueño á la mansion celeste!.. Mira su dicha y tu eternal castido!

El teatro se cambia en una gloria, y en el foro se verá el misterio de la Trinidad, rodeado de una brillante luz; grupos de ángeles se ven por todo el teatro, en ap-

titud de adoracion. Una nube bajará del telar, la cual ocultará el cuerpo de Luizzi, apareciendo al poco tiempo, de rodillas, sobre una elevacion, que subirá á una altura proporcionada, y á sus lados dos lindos ángeles corpóreos, en oracion tambien; verificándose todo el cambio al son de una música celeste, y un armonioso cántico de pájaros. Satanás y los demonios se echan boca abajo, de espaldas á la elevacion, y Carolina, Enriqueta, Luisa, Leona repartidas por el teatro, imploran de rodillas la misericordia divina. Cuadro general.

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1849.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.

El Tio Pablo ó la educacion, c. en 2.
El Vivo retrato t. 3.
El Ultimo de la raza, c. en 1.
El Ultimo amor, o. 3.
El Usurero t. 1.
El Zapatero de Lóndres, t. 3.
El Tigre y el toro, o. 1.

Fausto de Underwal, t. 5
Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.

Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.

Hasta los muertos conspiran, o. 3.
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.
Halifax, ó pícaro y honrado, c. en 3 y un prólogo.

Inventor, bravo y barbero, t. 1.
Ilusiones, o. 1.

Jorge el armador, t. 4.
Juí que jembra, o. 1.
José María, ó vida nueva, o. 1.
Juan de las Viñas, o. 2.
Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
Jacobo el aventurero, o. 4.
Julian el carpintero, t. 3.
Juana Grey, t. 5.

La Abadía de Penmarck, t. 3.
La Alquería de Bretaña, t. 5.
La Barbera del Escorial, t. 1.
La Batalla de Clavijo, o. 1.
La Boda y el testamento, t. 3.
Los contrastes, t. 1.
La Conciencia sobre todo, t. 3.
La Cocinera casada, t. 1.
Las Camaristas de la Reina, t. 1.
La Corona de Ferrara, t 5.
Las Colegialas de Saint-Cyr, t. 5.
La Cantinera, o. 1.
La Cruz de la torre blanca, o. 3.
La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.
La Calderona, o. 5.
La Condesa de Senecey, t. 3.
La Caza del Rey, t. 1.
La Capilla de S. Magin, o. 4.
La Cadena del crímen, t. 5.
La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.
Los celos, c. en 3.
Las cartas del conde-duque, c. en 2.
La Cuenta del zapatero, c. en 1.
Los dos Fóscaris, o. 5.
La Dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.
Los Dos ángeles guardianes, t. 1.
Los Dos maridos, t. 1.
La Dama en el guarda-ropa, o. 1.
La Feria de Ronda, o. 1.
La Felicidad en la locura, t. 2.
La Favorita d. en 4.
La Gaceta de los tribunales, c. en 1.
La hija de Cromwell, d. en 1.
La Hija del bandido, t. 1.
La Hija de mi tio, t. 2.
La Hermana del soldado, t. 5.
La Hermana del carretero. t. 5.
Las Huérfanas de Amberes, t. 5.
La Hija del Regente, t. 5.
Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.
La Hila del prisionero, t. 5.
La Herencia de un trono, t. 5.
Las Intrigas de una corte, t. 5.
La Ilusion ministerial, o. 3.
La Joven y el zapatero, o. 1.
La Juventud del emperador Carlos V, t. 2.
Leonardo el peluquero, t. 3.
Laura de Monroy, ó los dos Maestres, o. 3.
Luchar contra el destino, t. 3.
Luchar contra el sino. (vease Sortija del Rey), o. 3.
La Ley del embudo, o. 1.
La Muger eléctrica, t. 1.
La Modista alferez, t. 2.
Los Mosqueteros de la Reina, . 3.
La Mano derecha y la mano izquierda, t. 4.
Los Misterios de París, primera parte t. 6 cuadros.
Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
Los Mosqueteros, t. 6. cuadros.
La Marquesa de Savannes, t. 3.
La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5
La Opera y el sermon, c. en 2.
La Pomada prodigiosa. 1. 1.
La Penitencia en el pecado, c. en 3.
La Posada de la Madona, d. en 4 y prólogo.
Lo primero es lo primero, t. 3.
La Pupila y la péndola, t. 1.
La Protegida sin saberlo, t. 2.
Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.
Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
La Posada de Currillo, o. 1.
La Perla sevillana, o. 1.
La Primera escapatoria, t. 2.
La Prueba de amor fraternal, t. 2.
La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.
Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
La Reina Sibila, o. 3.
La Reina Margarita, o. en 6 actos.
La Rueda del coquetismo, o. 3.
Los Soldados del rey de Roma, t. 2.
Los Templarios, ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
La Taza rota, t. 1.
La Tercera dama duende, c. en 3.
La Toca azul, c. en 1.
La Vida por partida doble, t. 1.
La Viuda de 15 años, . 1.
La Victima de un vision, t. 1.

Mas vale tarde que nunca, t. 1.
Muerto civilmente, t. 1.
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
Mi vida por su dicha, t. 3.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
Mateo el veterano, o. 2.
Marco Tempesta, d. en 3.

Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan Mendoza, t. 2.
No ha de tocarse á la reina, t. 3.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe, t. 5.
Nunca el crímen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.



Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
No hay miel sin hiel, o. 3.
No mas comedias, o. 3.
No es oro cuanto reluce, o. 3.
No hay mal que por bien no venga, o. 1.

Percances de la vida, t. 1.
Perder y ganar un trono, t. 1.
Páris el gitano, t. 5.
Paraguas y sombrillas, o. 1.
Perder el tiempo, o. 1.
Perder fortuna y privanza, o. 3.
Pobreza no es vileza, o. 4.
Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, d. en 5.
Por no escribirle las señas, c. en 1.

Quién era? o. en 1.
Quién será su padre? c. en 2.

Reinar contra su gusto, t. 3.
Rabia de amor!! t. 1.
Roberto Hobart, ó el verdugo del Rey, o. 3 actos y prólogo.
Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.
Ricardo el negociante, d. en 3.

Si acabarán los enredos? o. 2.
Sin muger y sin empleo, o. 1.

Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
Trapisondas por bondad, c. en 1.

Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.
Valentina Valentona, o. 4.

Un buen marido! t. 1.
Un cuarto con dos camas, t. 1.
Un Juan Lanas, t. 1.
Una muchachada! t. 1.
Una cabeza de ministro, t. 1.
Una noche á la intemperie, t. 1.
Un bravo como hay muchos, t. 1
Un diablillo con faldas, t. 1.
Un pariente millonario, t. 2.
Un avaro, t. 2.
Un casamiento con la mano izquierda t. 2.
Un padre para mi amigo, t. 2.
Una broma pesada, t. 2.
Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
Un dia de libertad, t. 3.
Uno de tantos bribones, t. 3.
Una cura por homeopatia, t. 3.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
Un error de ortografia, o. 1.
Una conspiracion, o. 1.
Un casamiento por poderes, o. 1.
Una actriz improvisada, o. 1.
Un tio como otro cualquiera, o. 1.
Un motin contra Esquilache, o. 3.
Un corazon maternal, t. 3.
Una noche en Venecia, o. 4.
Un viaje á América, t. 3.
Un hijo en busca de padre, t. 2.
Una estocada, t. 2.
Un matrimonio al vapor, o. 1.
Un soldado de Napoleon, c. en 2.
Un casamiento provisional, c. en 1.
Una audiencia secreta, d. en 3.
Un quinto y un párbulo, c. en 1.
Un mal padre, d. en 3.
Un rival, c. en 1.
Un marido por el amor de Dios, c. en 1.
Un amante aborrecido, c. en 2.

Yo por vos y vos por otro! o. 3.